

Plus Ultra

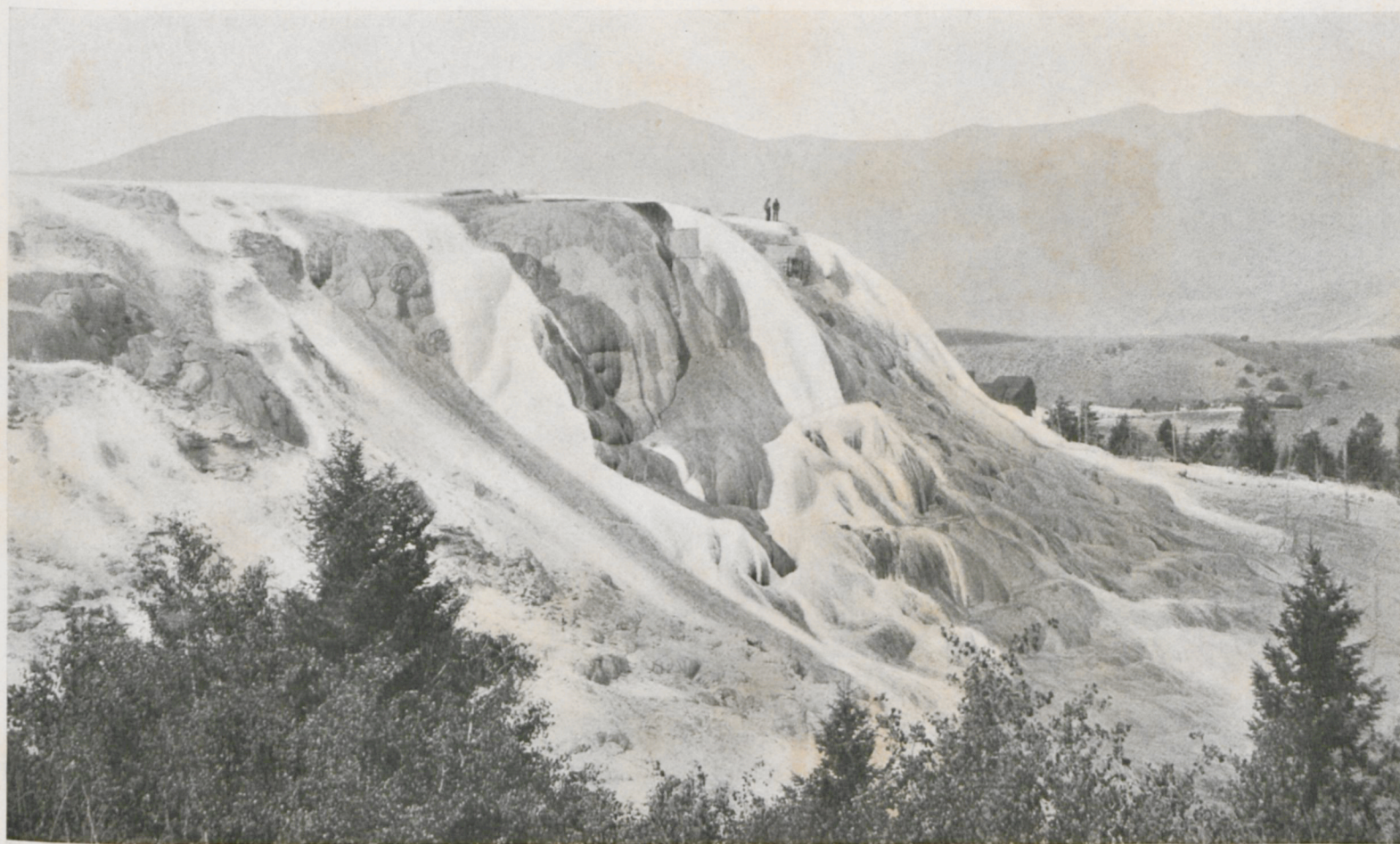


EL HOMBRE DE LA PIPA
ÓLEO DE SÁNCHEZ BARBUDO.

PROPIEDAD DEL DOCTOR GREGORIO
F. RODRÍGUEZ DE LA TORRE.



ESTADOS UNIDOS — GALERÍA DE JÚPITER



VISTA DE LA SIERRA SUPERIOR DE ESTAS INMENSAS GALERÍAS, DE CRISTAL, FORMADAS POR LA EVAPORACIÓN DE LAS FUENTES MINERALES Y COLOREADAS POR LA PRESENCIA DE INNUMERABLES PLANTAS MICROSCÓPICAS.

CONCURSO Chocolate Productora Americana

150 Premios — \$ 1500 en efectivo

Desde la fecha hasta el día 30 de septiembre próximo, a las 5 p. m., en que se considerará clausurado, se organiza este concurso entre los consumidores del excelente CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA, de acuerdo con las siguientes

BASES

- 1.ª — Se trata de escribir la mayor cantidad de veces la frase completa CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA, empleando para ello los cupones especiales que contienen todos los paquetes de chocolate que salen de nuestra fábrica.
- 2.ª — La frase CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA deberá escribirse a mano, con tinta, letra legible a simple vista, sin raspaduras, omisiones ni enmiendas.
- 3.ª — Cada persona podrá remitir todas las soluciones que desee, pero sólo puede optar a un premio.
- 4.ª — Al hacer el cómputo, sólo se tomarán en cuenta las frases completas.
- 5.ª — La adjudicación de los premios estará a cargo del señor Escribano Público, Fernando G. del Río, Rivadavia, 714, cuyo fallo será inapelable.
- 6.ª — Los premios se adjudicarán por orden de clasificación (primero, segundo, tercero, etc.), a las personas que remitan las mejores soluciones. Si dos o más concurrentes coincidieran en la cantidad de frases escritas, se adjudicará el premio al que haya remitido mayor cantidad de soluciones, pasando los demás a disputar los premios subsiguientes.

Se establecen los siguientes:

PREMIOS

Un	1er. premio de \$ 1.000 en efectivo
Un	2.º " de \$ 500 "
Un	3er. " un reloj oro, para señora
Un	4.º " una máquina de coser
Tres	5.º " un violín Stradivarius
Tres	6.º " un gramófono, con 6 discos
Dos	7.º " una máquina fotográfica
Cinco	8.º " una linterna mágica
Un	9.º " un triciclo
Cinco	10.º " un reloj cincelado
Cinco	11.º " tren completo
Dos	12.º " un par patines
Diez	13.º " una muñeca irrompible
Diez	14.º " guitarras para niño
Cinco	15.º " aeroplanos mecánicos
Cinco	16.º " despertador
Setenta	17.º " cajas bombones
Cinco	18.º " juego muebles p. muñeca
Diez	19.º " teatro completo

Total: Ciento cincuenta premios.

Las soluciones deben remitirse a las oficinas centrales de
La Productora Americana — Rivadavia, 620 — Buenos Aires

Julio 1.º de 1918.

E PARODI & Cía.

J. Greciet y C^{ia}
MUEBLES ANTIGUOS
Suipacha 245

Pidan presupuesto Coop. 31 Central
U.T. 2566 Libertad

ARIZONA — EL BOSQUE PETRIFICADO



LOS GEÓLOGOS NO HAN PODIDO DETERMINAR LAS CAUSAS QUE DECIDIERON LA PETRIFICACIÓN DEL BOSQUE. SE HA SUPUESTO QUE UN GRAN TORNADO BARRIÓ INNUMERABLES ÁRBOLES, DEPOSITÁNDOLOS DONDE SE ENCUENTRAN HOY. AQUÍ, CON EL TRANSCURSO DE LOS AÑOS, CARGARONSE SUS FIBRAS DE DEPÓSITOS MINERALES, ACABANDO POR FOSILIZARSE.

MAPLE y C^{IA}

MUEBLES Y DECORACIONES



APARADOR CON PEDESTALES, DECORADO, QUE FORMA PARTE DE LA EXPOSICION DE MUEBLES DE LAKA CHINESCA EN NUESTRAS GALERÍAS.

6 5 8, SUIPACHA

Primavera de 1918

Gath & Chaves, cuyos esfuerzos por la mejor interpretación de la moda en nuestro ambiente, son bien notorios, presenta para la actual estación primaveral, una colección magnífica de modelos originales, enviados por su casa de París y procedentes de los más encopetados modistos parisinos. Estos modelos son lucidos a diario por nuestros "Mannequins Vivants", y las señoras de buen gusto no deben dejar de concurrir a nuestro "Salón de modelos" para admirarlos, ya que estamos seguros de que apreciarán el positivo mérito de los Vestidos y Sombreros a que hacemos referencia.

THE SOUTH AMERICAN STORES

GATH & CHAVES Ltd.

ANEXO:
AV. DE MAYO Y PERÚ



COLORADO — JARDIN DE LOS DIOSES



VISTA EN QUE APARECEN LAS BELLAS «AGUJAS DE CATEDRAL». ESTOS PINÁCULOS DE ARENISCA MIDEN DE 100 A 250 PIES DE ALTURA.



RICO GORRO DE TUL, CON AIGRETTE PARAISO.

MAISON MATHIEU

BARTOLOMÉ MITRE, 777

MODELES DE
PARIS DE
GRAND CHIC

SOMBREROS
ADORNADOS
desde \$ 9.95

SOMBREROS
DE LUTO
MODELOS



SOMBRERO DE LUTO EN CREPE GEORGETTE.



BILLETERA DE SEDA CON FILOS Y MONOGRAMA DE PLATA.

MONOGRAMAS

EN ORO Y PLATA
ESTILOS MODERNOS

NOVEDADES: EN BOLSITAS PARA SE-
ÑORAS — CARTERAS PARA CABALLEROS
— CARPETAS PARA ESCRITORIO — PORTA
DOCUMENTOS — BILLETERAS — PORTA
MÚSICAS — MONEDEROS.

SE HACEN COMPOSTURAS Y TODA CLASE
DE ENCARGOS.

CASA BISH

ESMERALDA, 81-U. T., 1470, AVENIDA

*Plumas
Esterbrook*

Pida a su librero plumas de esta
marca y experimente el placer de
escribir con una pluma perfecta.

Seis estilos populares son:
N.º 048, «Falcón». N.º 313, «Probat».
N.º 314, «Relief». N.º 501, «Penesco»
N.º 14, «Bank». N.º 502, «Penesco»



GORRO EN FAJA
NEGRA CALOTTE,
CUBIERTO DE FLO-
RES RUBÍ Y VE-
LADO CON TUL
NEGRO CON BIR-
DAS DE TUL,
\$ 25.—

MAISON MATHIEU

BARTOLOMÉ MITRE, 777

SOMBREROS MODELOS PARA SEÑORAS, SEÑORITAS Y
NIÑAS, RECIBIDOS DIRECTAMENTE DE LAS GRANDES CASAS
DE PARÍS. — FORMAS DE GRAN NOVEDAD: MAGLINA, LICERE,
TAGAL PICOT, CRIN Y PAILLASSON. — SOMBREROS DE LUTO.
SE ATIENDEN PEDIDOS DE LA CAMPAÑA. — U. T., 4583, AVENIDA.

PARA NIÑAS. CLOCHE
EN FAJA PAILLAS-
SON RUBÍ U OTRO
COLOR. ADORNADO
CON FLORES O CON
CINTAS BAJO ALA DE
CREPE GEORGETTE,
\$ 23.—





Polvo
Grasoso

Brissac.
PARIS

Puro,
delicioso,
innocuo.

El preferido por las damas de nuestra alta sociedad.

Precio: \$ 1.40 la caja

En todas las principales Tiendas, Perfumerías y Farmacias.

UNICOS
CONCESIONARIOS: L. AUBERT y Cía.

CHILE, 1958/72 — U. Telef., 7260, Libertad.

El legítimo lleva impreso el nombre registrado en la tapa, debajo de la caja, además de la faja de garantía.



4428.— VESTIDO EN SARGA AZUL MARINO, adornado con trencilla negra. Medio forro de pongé..... \$ **120.—**
ELEGANTE BOLERO de paja fina, adornado con couteau y cinta gros-grain..... \$ **30.—**

8528.— ELEGANTE VESTIDO en rica sarga azul marino, adornado con falla bleu. Bordado a mano, \$ **160.—**

GRAN CANOTIER de paja liséré, adornado con cinta gros-grain... \$ **35.—**

4032.— ELEGANTE VESTIDO en sarga azul marino, adornado con bordado y botones fantaisía. Medio forro de seda, \$ **140.—**

CLOCHE DE PAJA LISERE color beige, adornado con cinta del mismo tono..... \$ **32.—**

3724.— VESTIDO MUY CHIC en rica clase de sarga azul marino, adornado con bordado color beige..... \$ **200.—**

TOCA DE PAJA PAILLASSON, adornado con moño de cinta terciopelo, \$ **28.—**

Las creaciones *Harrods* para entretiempo, se distinguen por su sencilla originalidad y práctica adaptación a los dictados de la última moda.

Harrods

FLORIDA 877 Y PARAGUAY 554



EL GANADOR
GOUACHE DE ZAVATTARO.



SAGRARIO DE ESTILO BARROCO-INCÁSICO, CON ESCENAS DE LA ANUNCIACIÓN Y LABORES DECORATIVAS. COLEC. FERNÁNDEZ-BLANCO



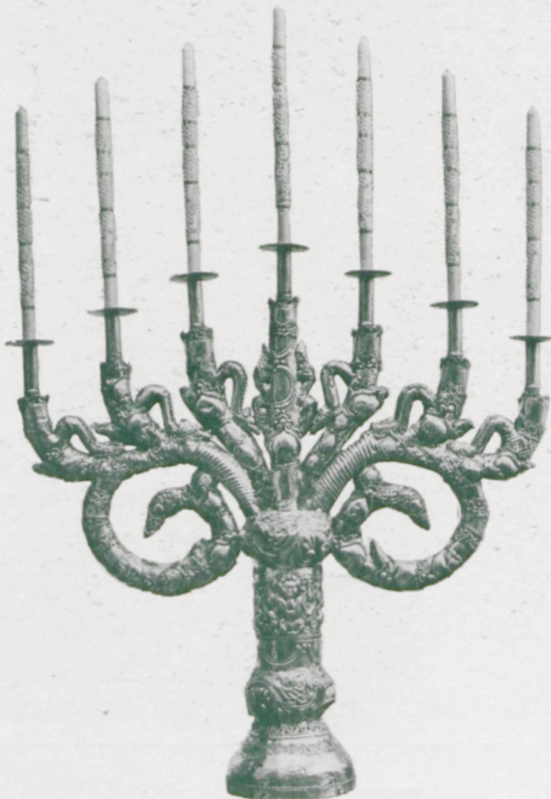
LOS datos que aportan algunos historiadores de la conquista, referentes a los fabulosos obsequios enviados a Carlos V por el emperador Moctezuma, son testimonios más que suficientes para demostrar la perfección alcanzada por los indios en este arte maravilloso.

Los plateros y orífices del Perú, y especialmente los mexicanos, tenían una rara habilidad en la fundición de metales preciosos, cuyos trabajos preferían a todas las demás obras de escultura; no sólo modelaban las imágenes más perfectas de los objetos naturales, sino que sabían cincelar y repujar la plata y el oro, esmaltándolo con piedras de muy raro color, que también tallaban y pulían. Para la elaboración de esta clase de alhajas, empleaban martillos y otros instrumentos, rematados con punta de roca o minerales puros que existían en las montañas del continente.

Según el historiador Gomara, los aztecas fundían aves de caprichoso plumaje, con la cabeza y las alas móviles; épicas figuras de caciques y guerreros indígenas, en actitud de disparar sus flechas; un pez con las escamas alternativamente de plata y oro; tigres y águilas volantes, símbo-



SAHUMADOR DE PLATA CINCELADA, DE LA COLEC. RODRÍGUEZ DE LA TORRE.



ARTÍSTICO CANDELABRO DE SIETE LUCES, REPUJADO AL GUSTO INCÁSICO DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII. RARO EJEMPLAR DE LA COLECCIÓN FERNÁNDEZ-BLANCO.

los del Imperio. Tan artísticos eran los trabajos, que los mismos españoles, olvidando su ambición de riquezas, tenían en más estima el artificio de la forma que el elevado precio del metal. Este exquisito arte, ejercitado en la antigüedad por los Tolteques, fué desapareciendo poco a poco, no tanto por la sumisión de los indios como por el abandono de los conquistadores.

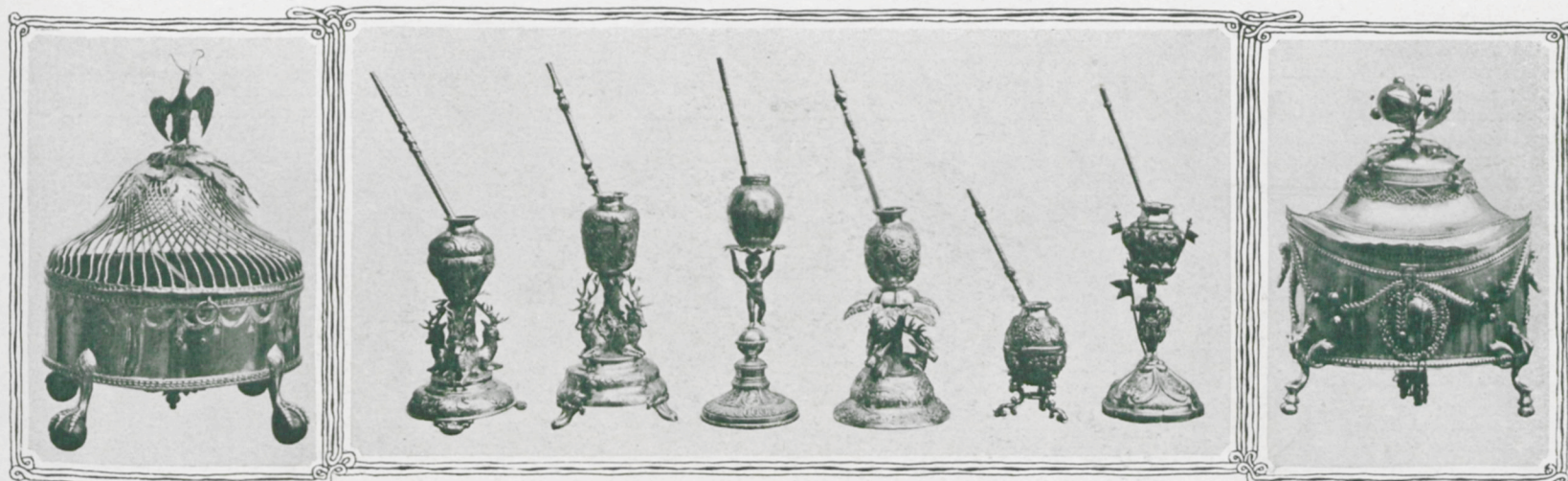
Las piedras preferidas por ellos eran las turquesas, las cornalinas, los zafiros, las amatistas y otras que no se conocían en Europa antes del descubrimiento. Las esmeraldas fueron tan comunes entre los indios, que no había señor que no las poseyera en gran cantidad, y a ninguno se enterraba sin engazarle una de los labios para que le sirviera de corazón después de la muerte.

El historiador Solís, haciendo crónica de una visita al palacio de Moctezuma, recuerda que el Emperador «traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas en tanto número, que servían más al peso que al adorno. La corona, una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta. El calzado, unas suelas de oro macizo, cuyas correas de lo mismo, ceñían el pie y abrazaban parte de la pierna, semejante a las caligulas militares de los romanos.»

En la toma de



SAHUMADOR PERUANO, DE LA COLECCIÓN RODRÍGUEZ DE LA TORRE.



VERBERA DE PLATA CON LABORES DE ESTILO IMPERIO. COLEC. F.-B.

ALGUNOS MATES DE LA COLECCIÓN FERNÁNDEZ-BLANCO.

VERBERA DE ORO Y PLATA. ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA. COLEC. F.-B.

México por Hernán Cortés, el botín no fué tan grande como se esperaba, pues los defensores echaron al lago sus riquezas. Las pocas piezas que pudieron salvarse — dice Bernal Díaz — fueron valuadas en 19.200 onzas, sin contar las suntuosas alhajas y perlas de gran tamaño que se remitieron al nuevo Señor de las Indias. Aunque todo esto se perdió para la corona de España, por haber caído el navío que conducía dicho tesoro en poder del corsario Juan Florin, que lo mandó como presente a Francisco I de Francia, ya había llegado a su destino, en julio de 1519, el regalo ofrecido por el emperador Moctezuma a Carlos V, siendo este el primer oro y la primera plata que el nuevo mundo envió al antiguo.

Entre los objetos principales que componían el imperial obsequio, se destacaban por su originalidad o por su arte, un yelmo orlado de joyeles y por cimera un pájaro verde con el pico de oro; varios collares del mismo metal, compuestos de siete piezas cada uno, con 183 esmeraldas engarzadas y 232 rubies; muchas calzas de piel de ciervo cosidas con hilo de oro, muy sutiles, y con la suela de piedra *itzli*, blanca y azul; dos ruedas de diez palmos de diámetro, una de oro con la imagen del sol y otra de plata con la de la luna, todo cubierto con figuras de animales y bajo relieves trabajados con singular artificio; 24 rodela de oro, de plumas y de perlas y 5 más de plumas y de plata; peces y pájaros de oro fundido; dos lagartos y un gran cocodrilo, revestidos con hilo de oro; mitras consteladas de gemas, lanzas, coronas y penachos, todo de oro, y muchas vestiduras bordadas con plumas de colores diversos, irisadas de un vivo tornasol, que eran encanto y maravilla de los ojos.

Cuando Cortés regresó por primera vez a la península, llevaba en su bagaje cinco esmeraldas de incalculable mérito, trabajadas por los aztecas; la primera figuraba una rosa, otra era un pez con los ojos de oro, y la más artística, por la cual ofrecieron unos mercaderes de Génova 40.000 ducados, tenía forma de copa con la base de oro y cuatro cadenillas sujetas en una perla a modo de joyel. Las cinco esmeraldas fueron regaladas por Cortés a su segunda esposa doña Juana Ramírez de Arellano y de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar.

Estas y otras riquezas, arrancadas de América por los conquistadores, pueden dar idea del perfec-

cionamiento alcanzado por los artífices indios en la fabricación de objetos de plata y oro, metales que utilizaron con preferencia también para adornar sus templos y los palacios de sus héroes y emperadores.

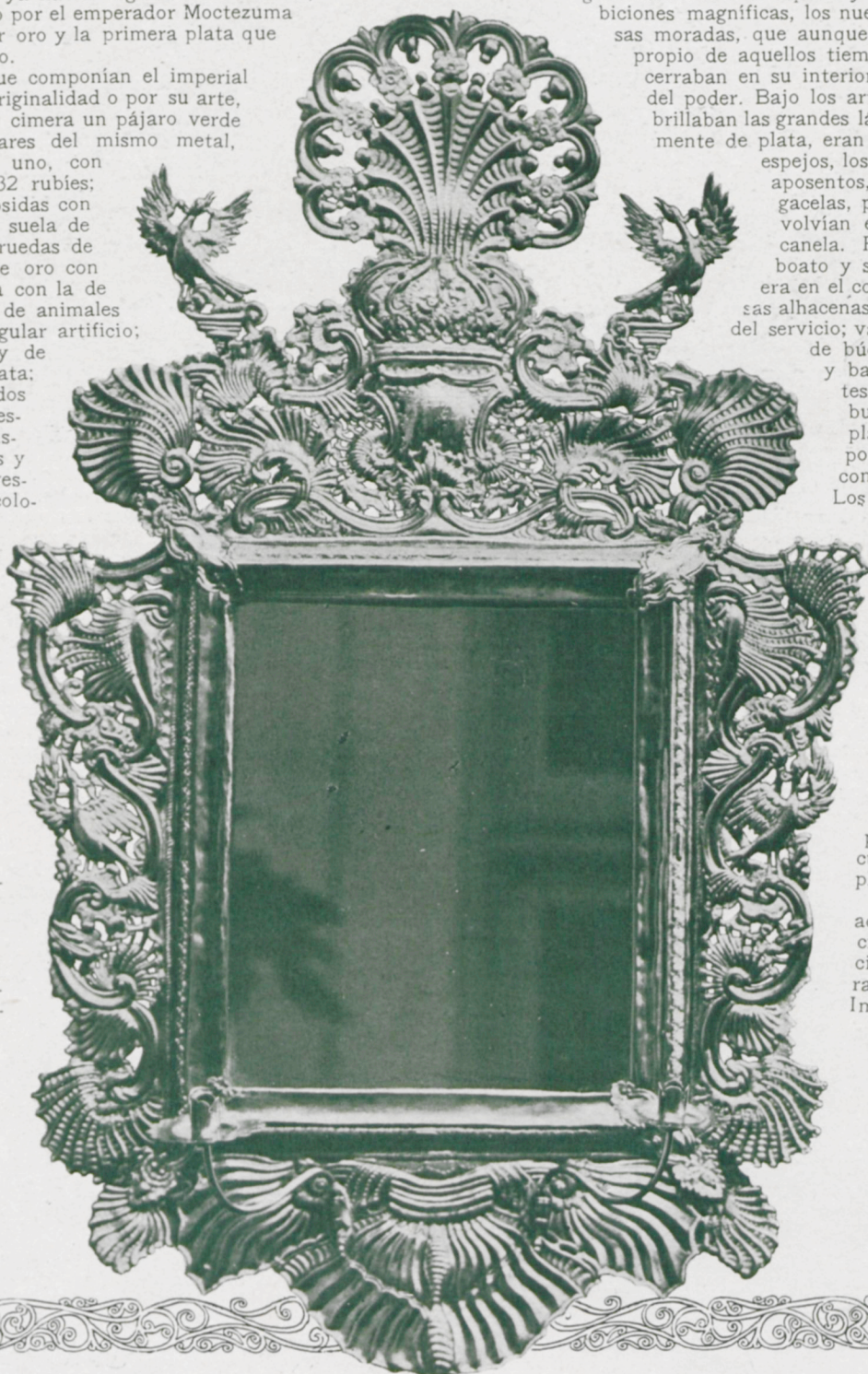
Desde el momento que España fundó sus primeras colonias en el nuevo mundo, empezaron a transformarse las artes y las costumbres en todo el continente. Los antiguos ritos indígenas fueron abolidos por la enseñanza de los misioneros. El vencedor imponía sus leyes y su autoridad absoluta, gobernando con la espada y la cruz. En el logro de sus ambiciones magníficas, los nuevos señores levantaron suntuosas moradas, que aunque de exterior sencillo y fuerte, propio de aquellos tiempos de lucha y de defensa, encerraban en su interior todo el fausto del abo-

delo y del poder. Bajo los artesonados de maderas oscuras, brillaban las grandes lámparas de plata maciza; igualmente de plata, eran los frentes de las vitrinas, los espejos, los candelabros... En cámaras y aposentos, los sahumerios de filigrana, gacelas, pavos reales, llamas del Perú, envolvían el ambiente con rico aroma de canela. Pero donde más se notaba el boato y suntuosidad de los moradores, era en el comedor. Las pulidas y aparatosas alhacenas, deslumbraban por la riqueza del servicio; vasos de oro bruñido, de cristal, de búcaro, de cerámica india; fuentes y bandejas de plata repujada, mates de labores incásicas, jarras buriladas, grandes aguamaniles de plata y oro, que eran presentadas por los esclavos al final de cada comida...

Los artífices indios, siguiendo las modas impuestas por los plateros peninsulares, hacían toda esta variedad de objetos, imprimiéndoles un sello muy personal con las influencias de su arte primitivo.

Las piezas de plata construidas en los primeros tiempos posteriores a la conquista, suplían con su candor y sentimiento cristiano, la incorrección de los ornamentos y el abandono de las leyes de perspectiva. Sin embargo, puede observarse que a esa época pertenecen los ejemplares más curiosos y definidos, dentro de la platería colonial.

Durante los siglos XVII y XVIII, adquiere excepcional importancia en América la industrialización de metales. León de Nicaragua, Oruro, Valparaíso, la Villa Imperial de Potosí, fueron otros



ESPEJO DE PLATA LABRADA, CUYA ELEGANTE LÍNEA EVoca EL Suntuoso APARATO DE LAS MANSIONES COLONIALES. COLECCIÓN FERNÁNDEZ-BLANCO.



VERBERA REPUJADA, DEL SIGLO XVIII. COLEC. F.-B.



SAHUMADOR CON FRUTAS Y PÁJAROS COLEC. R. DE LA T.

tantos centros de producción, donde los artífices sometían a su criterio las influencias de ultramar, creando un estilo que se distingue ante todo por su pomposa y ostentosa opulencia.

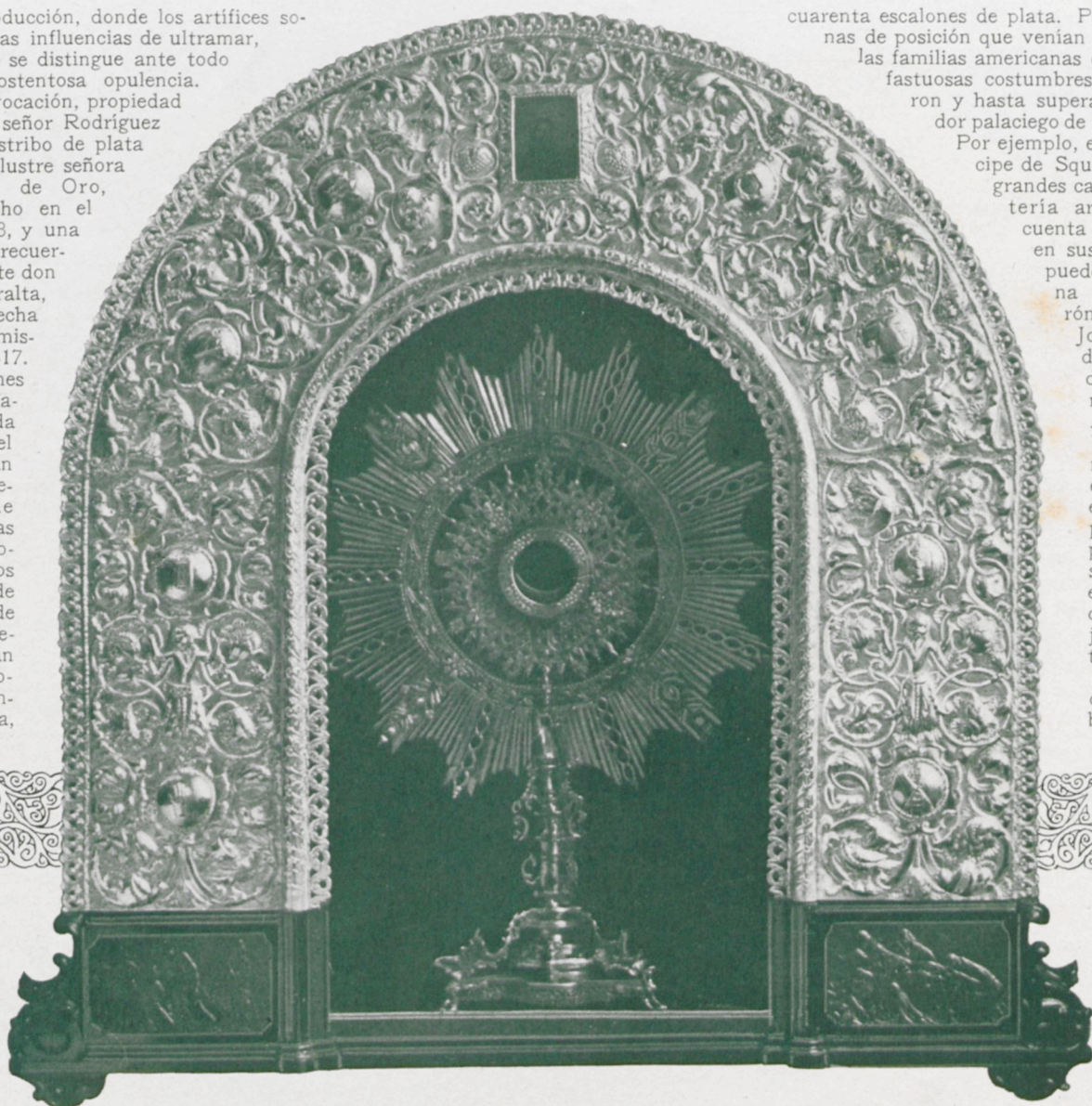
Modelos de gran evocación, propiedad hoy del coleccionista señor Rodríguez de la Torre, son el estribo de plata que perteneció a la ilustre señora peruana doña Juana de Oro, Condesa de Paz, hecho en el Cuzco el año de 1668, y una bandeja burilada que recuerda el bautizo del infante don Mariano Valdes de Peralta, Conde de Yucay, hecha por los plateros de la misma ciudad el año de 1617.

Cumpliendo órdenes de la realeza, los dignatarios de más elevada jerarquía, dentro del poder oficial, enviaban frecuentemente a la península cantidades de plata y oro, destinadas a la fabricación de objetos artísticos por los orfebres de Toledo, de Sevilla, de Córdoba, de Santiago de Compostela... Así contribuían las fabulosas poblaciones de Indias al engrandecimiento de España,

cuarenta escalones de plata. Por su parte, las personas de posición que venían con mandos oficiales y las familias americanas de rango, siguiendo las fastuosas costumbres de la colonia, igualaron y hasta superaron a veces el esplendor palaciego de los nobles peninsulares.

Por ejemplo, el virrey del Perú, Príncipe de Squilache, llegó a invertir grandes capitales en joyas y platería artística, sin tener en cuenta los tesoros acumulados en sus villas de Italia. Igual puede decirse de la virreyna de México, doña Jerónima de Moctezuma, Jofre de Loaisa, Condesa de Moctezuma, vizcondesa de Ilucán y primera Duquesa de Atrisco; esta dama había conseguido reunir en su morada del estado de Tula, tan enorme cantidad de piezas de plata, que por su valor y grandiosidad era considerada en conjunto como una de las más ricas y lujosas mansiones de su tiempo.

El efecto deslumbrador con que se alhajaban algunas casas prin-



URNA Y CUSTODIA DE ESTILO PLATERESCO, PROCEDENTES DE UN SANTUARIO COLONIAL DE BOLIVIA. COLECCIÓN FERNÁNDEZ-BLANCO.

bien costeando con su riqueza edificios tan portentosos como el monasterio del Escorial, o proporcionando materias con que poder llevar a la práctica concepciones de tan suprema belleza como la custodia de la catedral de Avila, debida al artífice Juan de Arfe, en la que se invirtió una suma equivalente a 40.000 ducados de oro.

El exceso de lujo que empezó a desarrollarse en todos los dominios de España, debido principalmente a las riquezas del nuevo mundo, dió motivo para que ya en 1574 dictasen los reyes una pragmática prohibiendo que se hicieran de plata muebles y utensilios, que antes se construían con madera, cobre y otras materias de menor precio y calidad.

En las casas de la corte — escribía la Condesa D'Aulnay, en 1679, — «nunca se utilizaron vajillas estañadas; solamente las de plata y porcelana servían en las mesas.»

El Duque de Alba, tenía en los aparadores de su palacio setecientas docenas de platos y ochocientas fuentes, de plata, y el de Alburquerque, además de una gran vajilla de oro, poseía mil cuatrocientas docenas de platos, cincuenta docenas de fuentes y setecientas bandejas repujadas; el resto del servicio estaba en la misma proporción, hallándose todo colocado sobre una especie de pirámide formada con

cipales llegó a tomar también proporciones extraordinarias en el interior de las iglesias. Junto con los sitials de dosel, los retablos y pulpitos de rica y ampulosa talla, veíanse los atributos religiosos, sellando con su brillo esplen-

dente la fría solemnidad de los santos, colocados en camarines y hornacinas. Cruces procesionales, candeleros, incensarios de filigrana, bellos cálices matizados con portentosa pedrería; todo era de plata relevada, repujada, labrada a cincel y martillo, con notables reminiscencias arcaicas y símbolos de la milenaria tradición aborígen.

En los primeros años del siglo XIX, o mejor dicho, al iniciarse los movimientos patrióticos que condujeron a la emancipación americana, nótese que las artes coloniales, principalmente el de la platería, fueron perdiendo importancia y vulgarizándose poco a poco, hasta desaparecer por completo. Pero ya que la moda ha venido a imponer definitivamente en Buenos Aires, la antigua y noble costumbre de usar ricas piezas de metales preciosos, de los templos y casas provincianas, empiezan a salir de nuevo esas viejas reliquias que embellecen los salones porteños, y que se conservan, no tanto por su labor característica, como por ser muchas de ellas noble recuerdo de antepasados venerables.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



MATE DE GRAN VALOR ARTÍSTICO, PERTENECIENTE A LA COLECCIÓN RODRÍGUEZ DE LA TORRE.



FUENTE DE PLATA REPUJADA, CONMEMORANDO LA PROCLAMACIÓN DE FERNANDO VII. FUNO 1808 COLECCIÓN RODRÍGUEZ DE LA TORRE.

PLATO TRABAJADO A CINCEL, CON EL BLASÓN DE TEXADA DE VALDEOSERA, EN LOS MONTES CADINES. COLECCIÓN FERNÁNDEZ-BLANCO.





PREPARANDO LAS REDES.
ÓLEO DE JOAQUÍN SOROLLA.

PROPIEDAD DEL SEÑOR JOSÉ BLANCO CASARIEGO.





Regalos de boda.

Inmediatamente después de recibirse las elegantes cartulinas donde la pareja de amigos nos anuncia su próximo y heroico enlace, entramos en el período de la meditación y el cálculo. Es necesario corresponder a la amable invitación con el regalo que ha establecido la ley de la costumbre y a la que nadie debe sustraerse si desea quedar bien. ¡Quedar bien! he ahí el problema.

Planteado así, en forma tan sencilla, parece que la cosa no presenta mayores dificultades; pero al entrar en el campo de acción, al pesar y compulsar los mil factores que van surgiendo y que es forzoso tener en cuenta, el asunto toma entonces un aspecto bien distinto, agravándose y agrandándose, por ley óptica, a medida que se acerca.

El regalo indicado, según muchos casados, debería ser una corona fúnebre o cualquier otro atributo de duelo, pero ¡vaya usted a contentar en esta forma a los que están por realizar el problema máximo de las aspiraciones ideales!

No; no es esto lo que corresponde, digan lo que quieran los amargados, los desengañados de las dulzuras del matrimonio. Lo que corresponde es hacer un regalo armónico, equilibrado, teniendo para ello bien presente todo esto: grado de amistad que nos une con los futuros esposos; estado de fortuna de éstos y su proporción con respecto a la nuestra; grado de fortuna de las amistades; balance exacto de la nuestra con examen de las facultades anímicas de la tercera potencia, y así el regalo podrá quedar, como los tiros rectificadores, ni corto ni largo.

El primer impulso que sentimos, ya se sabe, es del más puro amarretismo; pero después, se piensa en la generosidad que se emplea hasta con los ajusticiados, y de concesión en concesión entramos temerariamente en los problemas crematísticos.

Resuelta así la primera parte, se presenta la segunda, no menos ardua y compleja: la elección del regalo. Consejo de familia, consulta a los amigos, ejercicios nemotécnicos, visitas a los escaparates, y por último entrada en los bazares, en busca de lo desconocido. En estos recorridos siempre nos acompaña un empleado del bazar, no se sabe si para atender nuestro probable pedido o para evitar que nos llevemos algo.

El regalo, para ser completo, nadie ignora que ha de reunir las tres bes: bueno, bonito y barato. Con alhajas de valor queda bien cualquiera.

Los regalos infaltables, obligados, forzosos, fa-

tales, inseparables, apropiados, sin los cuales no hay boda posible, son los siguientes:

Juego de té, japonés, en enorme estuche forrado de raso.

Lámpara eléctrica, tímida para el alumbrado, para mesa de luz.

Relojes de sobremesa, útiles en verano. En invierno se enfrían y no marchan.

Pareja de aros servilleteros, con las iniciales de los novios, en su estuche.

Necessaire de manicuro, en su estuche.

Media docena de cucharillas de plata sobredorada, en su estuche. El peso de estas cucharillas, aisladas y en conjunto, está fuera de las leyes de gravedad.

Estatuas y bibelots que, enfáticamente, clasifican con el genérico de obras de arte.

Y por último, *potiches*.

¿Qué es un *potiche*? Por su nombre parece ser un objeto del culto indio; pero no. Es un vulgar cacharro, que no sirve absolutamente para nada... más que para regalo de boda. Incluido en la lista de los obsequios, el *potiche* ha cumplido su misión, y si alguno queda en la casa, se utiliza para guardar botones, piolín y los recibos del gas y del panadero. En todos los bazares hallaréis un gran surtido, y, sin embargo son el terror de los dueños, porque al día siguiente del casamiento, vuelven al bazar para cambiarse por otra cosa o venderse por lo que den.

Siempre suele haber un grupo, no muy numeroso, partidario de los regalos prácticos. Estos suelen ser:

Un aparato eléctrico para tostar el pan en la mesa, mientras se sirve el café, y si lo aprietan, calentar el baño. ¡Hoy con la electricidad se hace lo que se quiere!

Una libreta de almacén, para el consumo de un mes.

Un abono al cine.

Dos docenas de latas de sardinas, un queso del Chubut y una pluma estilográfica.

No falta el donante sencillo que cree firmemente engañar al matrimonio con un regalo de exterior aparatoso, decorativo, que le da apariencias de gran valor; ignora el ingenuo que, al día siguiente, los obsequiados salen de dudas, sabiendo al centavo el precio del regalo. En estos asuntos todos están ya en el secreto y es muy difícil hacer el cuento.

Hay regalos que yo he visto en todas las bodas. Sé de unos gemelos de camisa que los conozco como si fueran miembros de mi familia. En cuanto hay un casamiento, pienso en ellos, voy al lugar de los regalos, y, efectivamente ¡allí están! Estos mismos fueron regalados a un amigo mío, que les dió salida aprovechando otra boda; corrieron así en peregrinación; mi amigo enviudó, se casó de nuevo y volvieron a obsequiarle con los mismos gemelos.

Yo he llegado a convencerme de que no han sido fabricados para los puños de la camisa, sino para ir de boda en boda, y hay quien asegura que tienen el don de la ubicuidad, pues los ha visto en dos casamientos que se celebraban simultáneamente en distintos puntos de la ciudad.

Y para que no crean que macáñezo, doy las señas precisas; fíjense y verán que tengo razón, pues estoy seguro que han de seguir cumpliendo su *fatal destino*. Piedra azul obscura, forma cabuchón, aro al parecer de oro y cadena de dos eslabones en forma de ese, que los liga por la base; estuche de piel de Rusia, bastante usado ¡claro!, y forro que fué blanco y ahora tira a gris. No tiene marca, pero si la tuviera habría de ser una flecha, con la inscripción: «Siga viaje». ¿No les parece?

Los *canarios* de a cien, en forma de pajaritas de papel, encerrados en una jaula, los creo el regalo ideal.

Entretanto, acudamos al salvador y cómodo recurso, al poético y acreditado ramo de flores, cuyo suave perfume sabrá defendernos de nuestra pobreza de ingenio y de nuestra pobreza de plata. Engañemos a los demás engañándonos nosotros mismos, atribuyendo al delicado obsequio la facultad de encubrir nuestra timidez generosa. Olvidemos que a los pocos días las tristes flores, marchitas y secas ¡ay! mostrarán, al deshacerse en lluvia de hojas, el burdo armazón, el retorcido esqueleto de mimbres y alambres donde lucieron su belleza exquisita por breves horas, y que triturado y deshecho aliviará prosaicamente la escasez de combustible en las hornallas de la cocina económica.

Y ahora, para terminar, un consejo a los futuros esposos. Procuren casarse a principios de mes, inmediatamente después que paguen los sueldos en las oficinas; así, seguramente saldrán ganando y evitarán más de un quebradero de cabeza a los buenos y resignados amigos.

DIBUJO DE ÁLVAREZ.

Antonio Cañamaque

Dancing-tea
DESCUPO
ALCANTARA

ALBERTO
GERCHUNOFF

Todos los hoteles, grandes y medianos, alfombrados o esterados, ofrecen al público el diario regocijo de los tes danzantes. Es esta una moda nueva, evolución de aquella otra de los tes simples y cándidos, que también tenían su nombre inglés, el abolido five o'clock, bueno tan sólo para tertulias pacíficas y el amable intercambio de la amistad. Menos ostentoso y menos accesible, celebrábase a puerta cerrada, en las casas de arraigo, sin que su rótulo, venido de Londres, despierte el espíritu de la vieja sociabilidad criolla, tan cordial como excluyente. Otra cosa, por cierto, son los tes de ahora, expandidos por las hospederías lujosas, que atraen con el brillo de la concurrencia selecta, a la gente sin tarea y que anda al atardecer al acecho de algo.

El salón del hotel les proporciona la ilusión de la vida suntuosa, el goce elegante de conversar y bailar con una muchacha que viste como los figurines, o discreter con damas de insigne porte. El hotel, aparejado así para fiestas cotidianas, realiza las funciones de agente democratizador, que confunde, en el ambiente voluptuoso y lánguido de la música, en el mareo fugitivo de los perfumes, las clases sociales, inavensibles por lo común, separadas por el límite de los apellidos y de las fortunas. Es lo mejor que tienen los tes danzantes. La vuelta del valse, los acordes dislocantes de las danzas norteamericanas, la disimulada quebradita del tango, conspiran, en la atmósfera grata, contra los prejuicios más sólidos.

¿Quién puede resistir la sugestión de lo que nace de la música y del baile? Sabemos de antiguo que ello no es posible. Lo prueban las más vetustas tradiciones poéticas y los más arcaicos documentos. El Diablo, siempre libertador y revolucionario, imbuído de ideas acráticas y de conceptos comunistas, se entretenía ya, en los siglos olvidados, en la compleja faena de mezclar la sociedad de este modo. Una lámina del tiempo de Lutero lo muestra soplando la flauta, bajo los árboles, mientras un estudiante se aleja de la reunión, bailando con la hija del burgomaestre. Es necesario suponer que el Diablo no ha perdido sus infinitos recursos. Sigue siendo diabólico. Conocedor perfecto de la ley natural, psicólogo tan hábil como San Ignacio, posee la cifra de las combinaciones más enredadas y sabe utilizarlas con arte incomparable. En la Alemania de los bosques y de los lagos, poblados de silfos y de elfos, tramaba su eterna aventura de persona disolvente cuando la primavera invadía al mundo. Se valía de la brisa ingenua y del canto del ruiseñor, que tornaba más largo para llenar con su angustia deliciosa el alma de la mujer. En esta forma consiguió que una condesa de Brunswick huyera una noche del castillo en compañía de un misero juglar, que había puesto en su trova la brisa y el cántico...

El Diablo reposaba en invierno, según lo atestiguan un sabio demonologista, que cita Heine y que murió en la hoguera. ¿Qué iba a hacer con las campiñas cubiertas de nieve, vacíos los nidos, amarillas las frondas y negro el cielo? La primavera constituía su época fecunda.

Pero el invierno de hoy es tan favorable como la primavera a los propósitos del Maligno. Sabe aprovechar con intenso rendimiento el confort que deben a su ingenio inventivo las ciudades modernas. Ha convertido en ideal de vivir la tibieza de los recintos calentados, la blandura de las alfombras, el asiento muelle de las butacas. Este boato banal, que da a las salas de los hoteles la magnificencia pesada de los transatlánticos, atrae a los desocupados a la hora en que la calle Florida se llena de transeúntes, cuando apenas empiezan a parpadear las luces en el aire neblinoso de la metrópoli. ¿Cómo invertir el tiempo? Las mujeres son aquí poco lectoras. De no ser así, se quedarían en su casa con un libro en la mano. Tampoco son conversadoras. Conversar es un arte difícil, y por eso las reuniones familiares son escasas. El problema lo resuelve el «hall» del hotel que permite a cada uno disfrutar de tertulias fastuosas, en las cuales se admira a mujeres singularmente bellas, que el traje estrecho y

corto afina en sus líneas. Se baila en todas partes. A las cinco de la tarde el te humea en las mesas blancas, y el Diablo, que no ignora las virtudes ocultas de la química —fué el primer alquimista— comunica a las delicadas copitas de licor la efervescencia de su propio pensamiento, que se une a la efervescencia producida por la música, en una ola de curvas mágicas, en un soplo de viento voluptuoso de sedas y rizos, que se refleja en los espejos múltiples y deja en el salón un eco vago y sutil, acariciador y envolvente. El te danzante se ha difundido de tal modo que algunos se inquietan ante su generalización brusca e incontenible. Vez pasada trató el asunto un diario religioso y aconsejó a las señoras y señoritas más restricción y más mesura.

Decía que el hábito de bailar con tan metódico entusiasmo afectaba los principios de la modestia femenina, pues el diario aludido cree todavía que tal modestia subsiste y que ellas son indispensables. Recuerda que el Vaticano, neutral en la guerra y que no lo es ante la conflagración del baile, incluyó en su índice severo a determinadas danzas, entre ellas a nuestro dominante tango.

Pero será inútil el esfuerzo de los moralistas. El baile tiene su raigambre en lo más hondo del instinto de la mujer. Su melancolía y su nostalgia se disuelven en las vueltas de la danza como en un río de aromas. Es la más primitiva expresión de su capacidad seductora y de su don de atraer.

El hombre antiguo, para lograrla, realizaba hazañas enormes. Le ofrecía la caza hecha en el monte, vencía en su homenaje al tigre en la selva y combatía por ella con los enemigos. Le hablaba en un idioma de fuerza y de fatiga. Ella le contestaba con el ritmo de su cuerpo y con el ritmo de su cuerpo lo disputaba a las rivales. Con el baile expresaba su amor y su fe, sus sentimientos más profundos, sus deseos más poderosos, su júbilo triunfal. Mientras Moisés canta himnos a Jehová, después de cruzar el Mar Rojo, María la profetisa danza con el pandero ante las tribus libertadas de Israel. La mujer danza siempre. Lo que tiene en sí de vital y de comunicativo, lo traduce en el movimiento armonioso del cuerpo, en el poema de líneas que anima su figura y su gesto. La danza la transforma; su carne adquiere la musicalidad de la canción y la gracia ligera de la sonrisa. Su arte de seducir se convierte en sortilegio cuando se lanza al compás de las notas a exhibirse en la integridad de su vibrante belleza, elástica, augusta, sagrada. Sus vestidos la idealizan, su sabiduría urbana le agrega misterio. No bien ha empezado a bailar, deja de ser la silueta rígida y amanerada que un instante antes parecía un relieve estilizado del diván.

El instinto de conquista, el celo escondido, la malicia aguda y atormentadora, el afán de beber la dicha total en un solo sorbo, violento y eterno, que es la condición de su naturaleza, su inquietud y su poder, sobresalen en el acto: la embriaguez del baile la reproduce como fué a través del tiempo remoto y así impera, suavemente, locamente, aprisionando en el vértigo de sí mismo, como en una inmensa red, al que está a su lado.

Pocas veces puede decir la mujer con la palabra lo que dice bailando. Por eso prefiere el baile a cualquier otra manifestación de su personalidad y es por esto que Buenos Aires se ha llenado de te danzantes, fundados en los motivos más opuestos; los hay de conmemoración y de caridad, y los hay simplemente por sistema, cada tarde, en cada hotel, cuando atardece.

A esta hora, sumergida ya en sombras, sólo se ven, en los alrededores de los hoteles, automóviles de los cuales descienden señoras y señoritas, escamoteadas en grandes mantos y en grandes pieles y en cuyos ojos se adivina la impaciencia. Adentro suena la música que anuncia la fiesta crepuscular de la ciudad, una de las escasas ciudades del mundo que persiste exteriormente en la vida normal, y celebra, al margen de la vasta catástrofe, el dancing-tea, el rito jovial del flirt, en tanto, allá, lejos, muy lejos, se sufre y se muere.





PROPIEDAD DEL DOCTOR AYERZA.

ARTE ARGENTINO

LA AMITA
ÓLEO DE ANA WEISS.





•ANA•WEISS

Un MATRIMONIO DE ARTISTAS.



ENTREN y les mostraré la terraza — nos invita Rossi, abriendo la pequeña puerta del *fumoir*. — Se ve casi todo Buenos Aires...

— A mí es lo que más me agrada del nuevo estudio — agrega Ana, la joven esposa del pintor. — Yo siento un extraño placer contemplando la querida ciudad, que desde estas alturas parece más alegre, más grande...

Nos hallamos en el último piso de un rascacielo, próximo a la Avenida. Por detrás de los modernos edificios que nos rodean, la vista se extiende más y más, hasta perderse en un horizonte esfumado por brumas blancuecinas. En el Río de la Plata, ocre bajo el cielo azulado, destacan algunos vapores con sus chimeneas negras y rojas.

— En aquella parte del puerto — nos dice Rossi señalando hacia el sur — es donde he pintado muchos de los cuadros que presenté en nuestra última exposición... Las dársenas y los astilleros de la Boca me atraen sobremanera; tienen un carácter tan expresivo y tan excepcional, según como yo los veo, que parece imposible poder reflejar con la paleta sus gamas de color, sus armonías, sus contrastes de luz y de sombra...

Quedamos un momento silenciosos, admirando el panorama de la urbe inmensa, llena de torres y de cúpulas.

Después volvemos a entrar en el estudio. Por las cortinas de transparente gasa, penetran las luces rojas del crepúsculo. Todo el recinto parece envuelto en vagas tonalidades de una suave intimidad. Nos sentamos. Ana es la primera en iniciar el diálogo:

— ¿De modo, que no hay más remedio que confesarse?

— El momento nos parece propicio, y por cierto, que ha de ser muy interesante todo lo que ustedes nos digan... Además, tienen el doble interés de haber triunfado en el amor y en el arte.

— Lo del amor se puede aceptar, porque nos consideramos felices; en cuanto al arte...

— Pues el público, que es el mejor crítico en estas cuestiones, los ha consagrado ya desde hace mucho tiempo.

— Es cierto que no podemos quejarnos — contesta Rossi con amabilidad.

— Y díganos usted, Ana, ¿qué género de pintura prefiere?

— Siempre me ha gustado el retrato, aunque mis mejores éxitos los he conseguido con cuadros de composición. Varios estudios de esta índole, me hicieron ganar la beca para Europa, y otra obra, *El Domingo*, expuesta en el Salón del año 1913, fué adquirida por la Comisión de Bellas Artes para nuestro Museo Nacional.

— Por supuesto que tendrán algún otro premio que les haya servido de estímulo en su carrera.

— Alberto consiguió medalla de oro en la exposición del Centenario... y yo también, tuve la suerte de ganar otra de plata en la Internacional de San Francisco, celebrada el año 1915.

— ¿No piensan viajar fuera de la República?

— Si la beca que conseguí para estudiar en Europa la hacen efectiva, marcharemos cuando termine la guerra.

Se hace una pausa; después preguntamos a Rossi:

— Usted no es argentino, ¿verdad?

— No; soy natural de la vieja Bolonia, «alma mater studiorum» de la edad media. Allí nací hace la friolera de 40 años. Cuando tenía 12, vine con mi familia a este país, donde mi abuelo paterno, el célebre bajo cantante Rossi, había cosechado ya honores y dinero, entusiasmando al público porteño que frecuentaba el antiguo Colón. Mi padre, que es pintor y que vive actualmente en Italia, había sido llamado por el ingeniero Tamborini para decorar el nuevo Colón, trabajos que no llegaron a hacerse hasta muchos años después y por otros artistas.

— ¿Quedaron entonces en Buenos Aires?

— Claro; después de atravesar el mar, no era cosa de volverse con las manos vacías. Aquí se puso mi padre a trabajar por cuenta propia, y como en aquella época no había tantos artistas como ahora, pronto alcanzó renombre.

— Desde luego, que a él le deberá usted sus aficiones por la pintura.

— Sí; con él empecé a estudiar dibujo, aunque tengo que confesar también el poco entusiasmo con que tomé la profesión.

— ¿Es que no le gustaba?

— Ni verla. A esa edad me sentía músico.

— ¡Pues tiene mucha gracia!

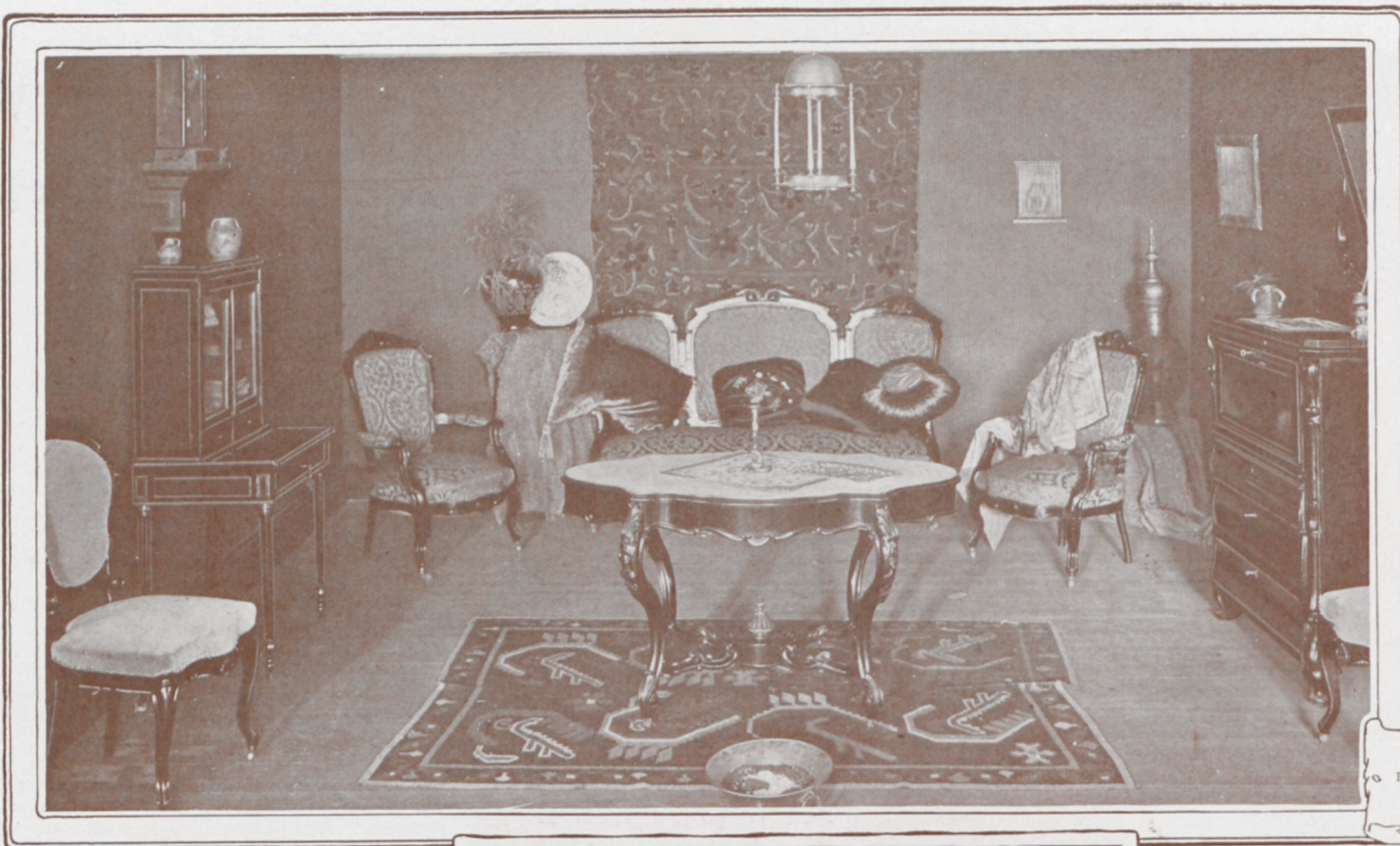
— Verán ustedes. Mi padre, que acaso creía en mi vocación, se le ocurrió mandarme a estudiar el piano con Rosa Bay, hermana del conocido esgrimista del mismo nombre, y yo al frecuentar la sala de esgrima, pronto empecé a preferir el caballeresco sport a los estudios de Czerni y Clementi, en los que, a decir verdad, no adelanté gran cosa.

— ¿Y abandonó la música? — agregamos curiosos.

— Todavía, convencido de seguir mis naturales inclinaciones, estudié violín con Galvani y violoncelo con Bolognini... pero una chispa de fuego sagrado ardía en lo íntimo de mi ser, no pudiendo resignarme a interpretar inspiraciones ajenas; yo necesitaba crear, revelar al mundo algo de mi propia alma. ¿De qué medio me valdría? Desde la más lejana infancia, mis aspiraciones habían oscilado con terrible volubilidad, al extremo, que a los 16 años miraba atrevidamente al Parnaso.



•ALBERTO•M•ROSSI•



EL RECIBIMIENTO.

—¿De modo que también fué poeta?
—Las rimas de Stechetti despertaron mi naturaleza romántica... Pero mi padre acabó por perder la paciencia, y obligándome a cambiar el plectro por el pincel, hizo que ingresara en el estudio de La Cárcova, en ese mismo estudio que ya había abierto a Ripamonte el camino de la celebridad. Allí trabajé con verdadero entusiasmo durante dos años, al cabo de los cuales, lisonjeada mi familia por los éxitos que había conseguido, resolvió enviarme a Europa, a fin de que estudiara sus bellezas clásicas y vetustas...

—¿Y no volvió a cambiar de ideales?
—Como no; yo tenía sólo 20 años cuando me separé de mi familia, y a los cinco de estar viajando por Italia, Francia y España, terminé de primer actor en una compañía que arrastraba de pueblo en pueblo su inmanente miseria...

Las últimas palabras del artista, nos hacen reír alegremente. Ana, cuya risa se une a la nuestra, interrumpe para decir:
—No vayan a imaginarse que lo hacía mal del todo, pues, según he oído, era un Oteló temible.

—Al menos — continúa Rossi — esa debía ser la opinión del público, cuando



ANA WEISS SENTADA ANTE EL ARMONIUM.

me aplaudía con tanto entusiasmo. Lo malo era que aquellos triunfos no compensaban los sacrificios económicos a que me veía obligado para no ver muertos de necesidad a mis compañeros de tareas; pocos meses después dejaba la compañía para siempre, pues el arte teatral absorbía, sin resultado práctico alguno, las doscientas liras mensuales que mi familia me enviaba. Entonces fué cuando decidí volver a la pintura, encontrando en Roma al compañero Ripamonte, quien me ofreció hospitalidad en un rincón de su estudio a cambio de muy buenos sermones.

—Que sin duda le estaban haciendo mucha falta...

—Como que si no hubiese sido por él, quién sabe dónde estaría yo ahora.

—Suponemos que le duraría muy poco el sosiego.

—No lo sé con exactitud; lo que sí recuerdo es que cuando volví a la Argentina, donde estoy nacionalizado, hice el firme propósito de dedicarme con seriedad a mi carrera; y por último, sólo deseo ahora llegar a verme colocado entre los primeros artistas de este país, que adoro con toda mi alma...

VÍCTOR ANDRÉS.



UNA REUNIÓN EN EL ESTUDIO.

EL TREN DE CARGA

Cuando, al transponer la lomada de La Capilla, distinguí la luz de la estación de San José, tuve una de esas alegrías que sólo pueden entender los que se han extraviado en medio de la pampa, y, de improviso, dan con un indicio inequívoco de orientación. ¡El farol del semáforo!... ¡Qué gran invento es este de los semáforos! ¿Qué sería muchas veces de los viandantes de la quebrada y boscosa región de Bancal sin los victoriosos enemigos de la obscuridad?

Una a una, van surgiendo ahora de las sombras las demás luces amigas; la amarillenta del boliche, la blanca de la lámpara del sereno, oscilando rítmicamente de arriba abajo y de abajo arriba, como en un saludo de bienvenida, la roja del peligro en el primer cruce de vías y una que otra pálida y titilante en los ranchos diseminados a ambos lados de la estación.

Y ahora que veo ante mí y por primera vez el camino, comprendo la causa del extravío: al doblar el esquinero del campo de los López, confundí la malhadada blancura del salitre con que está cubierta la mayor parte de la colonia de Magnani, por la carretera. La lluvia es la que ha metamorfoseado tan lamentablemente el terreno. En vez de florecer en pastos florece en salitre. ¡Vean qué monada de campo!...

El caballo da un relincho y sacude alegremente la cabeza con gran alboroto de crines, una manada de yeguarizos, que duerme en medio de la senda, me abre camino, y remolineando cachazudamente lo cierra tras de mí, el cencerro colgado al cuello de la madrina da dos campanadas como de malhumor y enmudece, ya veo el caserío, y, al lado del primer rancho, un algarrobo seco alza trágicamente la ruina de sus ramas retorcidas en crispatura de muerte, amenazando con el muñón de sus brancas carcomidas, semejantes a puños monstruosos, la majestuosa serenidad de una estrellada noche de invierno.

El semáforo baja bruscamente su brazo derecho como si le agobiara la posición de la cruz, y cuando llevo al andén ya se percibe perfectamente el fragor del tren de carga que llega.

La estación está desierta. El frío ha hecho alba de la mezquina galería en la que el viento descarga sus furias, arrancando un alarido en la cítara de los hilos del telégrafo y modulando un lamento interminable en la rendija de la puerta del depósito de cargas. En el centro de la pared hay el vacío del reloj que halló sin duda un sitio más amable donde señalar el paso de las horas.

El tren se detiene lo preciso para que suba el único pasajero que le espera y la máquina parte en seguida refunfuñando de que, por tan insignificante cosa, le hayan hecho perder la velocidad que ahora debe imprimir a fuerza de rabioso resoplido sobre la pereza de los émbolos.

El furgón donde debo hacer seis largas y penosas horas de viaje, está casi en completa obscuridad; la luz del andén apenas se trasluce en la mugrienta gelatina que recubre al vidrio y ni los carbones que agonizan en un brasero puesto en medio del coche, ni un cigarrillo que centellea en el rincón del mismo, pueden darme idea de cuántos y quiénes serán mis compañeros de viaje.

La lámpara del guarda me saca de la duda. Seis ojos están clavados en mí, es lo primero que distingo. Uno de los viajeros es el comisario del distrito; los otros, dos feriantes que acompañan su propia hacienda; nos conocemos todos y la conversación inmediatamente se generaliza.

Uno de los estancieros me aborda: — Señor... ¡disculpe la franqueza! ¿Usted no ha traído nada para comer?

— ¡Pero si apenas he podido tomar el tren! Imagínese que me extravié, — y refiero el caso.

— Nosotros teníamos la esperanza de que el tren efectuara maniobras en San José; pero por lo visto en esa maldita estación no hay ni qué dejar ni qué llevarse.

— Dentro de una hora estaremos en Lara.

— ¡Peor que en San José! Allí no hay más negocio que el almacén y la fonda de Candrucci.



— ¡Buena ficha! Es capaz de pedirnos diez pesos por una lata de sardinas.

— ¿Usted lo conoce?

— Desgraciadamente: una noche tuve que cenar allí, el mejor plato era un pavo, imagine como sería el avecita esa que ni un perro vagabundo a quien le ofrecí una presa pudo masticarla.

Y se nos desató la lengua contra Candrucci. Uno de los feriantes tuvo que dormir al raso una noche porque las pulgas de que según vox populi está atestada la fonda, se lo comían. Su colega, a causa de una cuenta exagerada, casi le pega; el comisario le había pegado un guascao por idéntica extralimitación, y el guarda, haciéndose eco de todas nuestras quejas, afirmó que él tenía resentimientos mayores y que no esperaba sino la primera oportunidad para vengarlos.

Estamos llegando a Lara. El convoy es una goma gigantesca; se estira y se encoge con endiablado chocar de paragolpes. Hay que aferrarse a la banqueta para no dar contra el tabique. Los feriantes protestan por su hacienda, el comisario y yo por nuestras costillas. Todos bajan, yo me quedo un instante viendo cómo se encienden los carbones con que el guarda ha colmado el brasero. Fuera se oyen voces diversas en muy alto tono; una dice claramente: «El seis está llegando»; abro la ventanilla y un tren de pasajeros pasa como una exhalación deteniéndose suave e instantáneamente.

El coche dormitorio se detiene ante el furgón y detrás de uno de los vidrios empañados por la helada, en un compartimento donde las persianas han sido levantadas, veo un rostro de mujer. El vidrio se corre y una cabeza divina observa el poblacho con la curiosidad e interés que despiertan las estaciones feas en las que no hemos de detenernos. Cuando su mirada tropieza en la mía impertinente, hace un gracioso mohín, me saca la lengua y entre melodiosa carcajada, baja el cristal y la persiana.

El tren de pasajeros se aleja veloz, el nuestro inicia la marcha trabajosamente. Los estancieros van a referirnos el motivo de su indignación, que se exterioriza en los gestos con que acompañan la conversación entre ellos iniciada y de la que no entendíamos más que «animales estropeados, deficiencias imperdonables», cuando de súbito la puerta se abre estrepitosamente y un hombre envuelto en larga capa hace irrupción en el furgón dejando caer con violencia los dos canastos a que aferraba sus manos.

Cuando se libra de la chalina con que se tapa media cara, una corriente de terror paraliza a los

— PLUS ULTRA —

Por PROVITA VILELLA

circunstancias: el nuevo viajero es Candrucci.

Al reconocernos, lanza una exclamación de júbilo y va a abrazar al comisario; pero le acoge éste de manera tan agria y hay en el ambiente tanta frialdad para él, que retrocede. — Voy a tener mucho gusto en viajar con ustedes... — dice; mas como ve que por nuestra parte maldita la gracia que él nos hace, — ¿Ustedes van a la ciudad? — inquiere tímidamente; y como nadie le responda se vuelve al guarda:

— Che, Donato, ¿a qué hora llegaremos?

— ¡Cuando lleguemos! — responde secamente el interrogado.

El fondero mira, uno después de otro, todos los semblantes, y en el suyo movable va reflejándose, como en un espejo, la expresión de cada cual; intenta reír, pero la sonrisa naufraga en un mar de congoja que inunda su amplia carota de buen hombre y, para consolarse sin duda de un desaire que no acierta a explicarse, abre uno de los dos canastos extrayendo parsimoniosamente de él un pavo asado que despidió grato olor, una pierna de cabrito, un rollo de salame, un manojo de bananas y una damajuana de vino.

Cuando ha colocado todo esto a su alrededor y se dispone a despanzurrar el ave, nos mira nuevamente y, como en una súplica, dice:

— ¿Gusta, comisario?, usted Alfaro... todos... ¡Con franqueza!...

En nuestro interior se libra la más ruda de las batallas que enciende el amor propio; leo en el semblante de todos la negativa más rotunda y al mismo tiempo la desesperación de tener que rehusar, cuando se me ocurre un ardid que derribará el obstáculo, y digo a Candrucci que espera suplicante con la mirada fija y el tenedor en camino del túnel digestivo con la primera carga:

— Candrucci, tú que eres algo filósofo, dime: ¿Por qué se habla mal de los demás?

El hombre suelta el tenedor, lo que arranca un suspiro de alivio al comisario, se rasca la ceja derecha y declara:

— Pues, hombre... por muchas cosas; pero sobre todo porque es un asunto interesante para el cual siempre hallamos bien dispuesto al prójimo. Cuando hay que trabajar, sin embargo, no se habla mal de nadie... En resumen: yo creo que es el tema de los que no tienen nada que hacer; pero, ¿a qué viene la pregunta?

— Es por una discusión que sosteníamos, estos señores y yo contra el comisario.

— ¿Y ustedes discutían con la autoridad? ¡Siempre saldrán perdiendo!

Por la primera vez desde la entrada de Candrucci, estalla una carcajada general. Ella representa al propio tiempo el acuerdo tácito que nuestro apetito y el amor propio sellan ante la fuente donde el pavo se enfría; y sin esperar nueva invitación nos precipitamos sobre el ave.

— ¿Está duro el pavo? — me pregunta con toda malicia el feriante.

— Para las pulgas puede que sí, — respondo aludiendo a las del catre famoso.

El «agraviado» guarda, que sorprende el diálogo, ríe con la boca llena.

El tren sigue corriendo trabajosamente por un paisaje desolado que se entrevee por la puerta del furgón, abierta de par en par a objeto de expulsar el humo de los cigarrillos. Me acomete un sueño aplastador y me tiro sobre el escaño. Frente a mí el comisario y Candrucci cantan abrazados. Los feriantes reanudan su conversación, al guarda ya no lo veo. Voy poco a poco perdiendo la noción de la realidad y sintiendo un bienestar indecible. Ahora la carota amplia y pelosa del fondero, que tengo ante mí, va desposeyéndose misteriosamente de su tosquedad y adquiriendo la etérea belleza de una fisonomía que vi alguna vez... ¡Ah, sí, ya recuerdo! es la de la hermosa desconocida del tren de pasajeros, y termino soñando que ella ha venido a velar amorosamente mi sueño.

DIBUJO DE PELÁEZ

Cisnes blancos y negros.

¡Oh! lago de mi amor, lago de ensueño,
De profundas riberas,
De perezosas ondas siempre azules.
Tu aspecto me sonríe, como otrora.
Cuando eras para mí dulce y sedoso
Como una anunciación de primaveras.
En tu margen, pacífica y sonora,
El céfiro estremece
La copa de los altos abedules
Con rumor semejante al de mi infancia.
Del fondo del bosque
Que una aura tibia mece,
Se escapa una fragancia
Que llena suavemente mis sentidos
Trayéndome recuerdos de un pasado
En que promesas mágicas veía.
Hoy, como ayer, festonan tus orillas
Los sauces musicales
De que se alza el supremo ritmo alado,
La trémula armonía
De una alma palpitante entre la sombra;
Surcan tus aguas mansas las barquillas
Llevando como siempre sus amores;
Blando lecho de perlas y corales
Ofreces a la virgen como alfombra;
Brindas al caminante fatigado
Lenitivo cordial a sus dolores;
Estallas por doquier en embeleso
Como boca fragante
Ansiosa de sentir el primer beso,
Y sin embargo, ¡oh, lago bien amado!
El alma que te mira en este instante
No es el alma de ayer, el alma clara,
Intrépida, vibrante,
Que supo comprender tu voz preclara,
Sino el alma de un viejo peregrino
Que tras largo viajar, tras duras penas,
Se sienta, vacilante, en el camino,
Esperando que Dios, el Dios amante,
Ablande sus cadenas
Y se apiade por fin de su destino.
¡Oh, lago silencioso!
Te contemplo en la gloria de este día
Bañado por el sol maravilloso
De mayo sobre aureolas de jazmines.
Al ver resplandecer tus quietas ondas
Bajo el azul magnífico del cielo,
Mi errante fantasía
Que exulta el esplendor de tus jardines,
Me parece prestar para arrobarme
En el misterio amable de tus frondas,
El alma juvenil con que solía
Hundirme en tu espesura,
Sorprender de tus pájaros el vuelo
Y cruzar tu corriente,
Del alba en la hora pura,
Con tu visión de paz sobre la frente.
Pero es una ilusión ¡oh dulce lago!
El alma no es la misma
De la lejana, ardiente adolescencia.
El corazón de entonces, combatido
Por el ábrego aciago
De una cruel existencia,
Al dolor implacable siempre unido,
Fué perdiendo sus galas,
Desmayando en ardor y valentía,
Cayendo en la tristeza,
Como un ave que prueba mal sus alas
Cae en las zargas ásperas del nido.
Y aunque mi pecho sienta tu belleza
Como antes la sintiera, conmovido,
Ya no imprimes en él la misma huella,
Ni mueves mis potencias como antaño,
Ni como antaño, amor, quietud, olvido,



ROBERTO
RIAMBAU

Por Eugenio Díaz Romero

Luz tranquila de estrellas
Das a mi corazón, porque ha sufrido
Del mundo el incurable desengaño.

Mas he aquí que los cisnes se adelantan
Surcando de tus aguas el espejo.
¡Alada majestad, copos de nieve!
¡De la luna más cándida, reflejo!
¡Delicadeza astral que ora se esfuma,
Ora brota radiante y siempre leve
De la diáfana espuma!
¡Mirífico cortejo
En que la gracia triunfa soberana
Destacando su nítido tesoro
En la riente mañana!
¡Helos ahí, tan blancos, tan sutiles
Y tan llenos de ensueño
Como la vez primera que mirara
Su plumaje sedoso!
En la hora solar, en la hora clara,
Se dirían heraldos de ventura.
Así los presentía antiguamente
Al mirarlos flotar en un derroche
De inaudita blancura.
Venían del Oriente,
Anunciaban amor en los destellos
De sus alas abiertas,
En el ritmo divino de sus cuellos
Tendidos en las yertas
Corrientes cristalinas,
Predecían la gloria y la esperanza
Como todo lo blanco. Eran mis sueños,
Mis sueños juveniles, recamados
De albor inmarcesible, de divinas
Radiaciones de luz y de bonanza.
¡Visión encantadora, no me engañas!
¡Mira sino la tarde
Alzando su caudal tras las colinas!
¡La tarde resonante de zozobra,
Que avanza con sigilo por los prados
Y puebla el vago ambiente de canciones
Terriblemente extrañas!
El crepúsculo llega, como un monje,
Envuelto en sus fatídicos crespones.
¡Es la hora en que el mal se yergue y obra!
Los cisnes eucarísticos han huido
De las ondas azules. Ahora llena
El espacio dormido
Donde el lago se extiende como un denso
Tenebroso sudario,
Un cortejo de cisnes funerario.
Son los cisnes que llegan
A anunciar la derrota de mis sueños,
A gemir el inmenso
Poema secular de mi delirio.
Miradlos cual navegan
Dentro el piélago obscuro; cuánto duelo
Desprende su plumaje.
Cuánta angustia y martirio
Revelan bajo el cielo
Espectral y severo ante su paso.
¡Dejadlos avanzar, perderse acaso
En la noche salvaje,
En las riberas solas,
Hundirse en el cristal, entre el murmurio
De las frías olas!
¡Oh! dejad confundirse en la espesura
De las sombras compactas ese augurio
Fatal y pertinaz de mi esperanza,
Esa tropa agorera
Que con ansias espera
La ocasión de elevar su voz inerte,
Para cantar mi marcha lastimera
Hacia el supremo reino de la muerte.



FIN DE TEMPORADA

A LA ÚLTIMA DE ABONO
GOUACHE DE ALONSO



EN LA ESTANCIA DE SAN JACINTO (MERCEDES)

FOTOGRAFÍA DEL SEÑOR ALBERTO DEL SOLAR DORREGO.



Iglesia
de la
Merced

SANTA FE



Amo con tal efusión la selva, que acaso, cuando sea viejo, me ocurra lo que a un anciano mendigo, que vivía entre las raíces de un roble inmenso, como un fakir entre sus serpientes adormecidas. Por verlo, subía yo hasta una revuelta del camino, allí donde comenzaba a proyectar el bosque su sombra sobre la polvorienta blancura de la grava. Acurrucado junto al tronco, inmóvil, con toda la carne del color terroso de la corteza, parecía un tentáculo más del árbol milenario, y apenas si la vida se le notaba en un movimiento maquinal de súplica, que iniciaba ante todo viandante de aquel camino.

Su mano sarmentosa, pegada a un brazo seco, era semejante a una rama que no pudiera volver a retoñar en hojas verdes y vigorosas.

Un año tras otro, le encontré en su invariable lugar, pero cada vez más adherido al tronco y con el brazo más débil para su habitual movimiento petitorio.

Un día, ya no pudo extender ese brazo y la súplica se reconcentró en los ojos apagadizos, que por eso, tal vez, adquirieron de nuevo algún resplandor.

Las piernas y los brazos ya no tenían sangre alguna y agujeritos pequeños, como los de una madera apolillada, le salpicaban todo el cuerpo.

La lluvia, fué dejando en los cabellos y barba sedimentos innúmeros, que trabándose acabaron por transformarse en fibras semejantes a la rugosidad del roble.

Todas las formas de su cuerpo se retorcieron adoptando la silueta ofidiana de las raíces seculares, y así, el hombre fué chupado por el árbol, poco a poco, hasta quedar en pellejo y huesos aptos para su conversión en corteza.

Imaginad la extrañeza de los pajaritos del bosque, que saltaban, sin miedo, por entre las piernas y que abatían el vuelo sobre las crenchas enmarañadas tan blandas como un nido, cuando

LA S~RAICES DEL~ROBLE~

METAMORFOSIS.

veían relucir los ojos del anciano y oían el ronquido de su garganta anquilosada. Se preguntaban con curiosidad, unos a otros, que nueva especie de árbol sería aquel, o si el roble grande de la selva se habría vuelto loco y ahora le daba por mirar y hablar como los hombres...

Pero los hombres y las mujeres que seguían ligeramente el camino, hablaban de distinta manera: —¿Has visto al viejo? Está muy acabado, y la primavera, cuando vuelva, no le hallará en ese lugar como otros años.

Y otros decían: —¿Cómo no tendrá ese viejo frío y hambre? Bien podían recogerlo las hermanitas del Asilo, y no dejarlo morir desamparado.

Y nada de esto alteraba al bosque, ni al roble, ni al anciano, ni al tiempo que obra inmutable y lentamente.

Un año después, pasé por aquel lugar en una tarde otoñal, cuando el crepúsculo era una alegre paleta de rojos y amarillos colores, en el poniente.

Lo único que vivía en el viejo, los ojos, se habían ensombrecido definitivamente, y el musgo trepaba ya, con su actitud tentacular, por lo que fuera carne humana. Tras una larga y minuciosa observación, reconocí al viejo mendigo en aquella musgosa madera, que parecía una grosera escul-

tura tallada en el abuelo venerable de la selva.

—Ya está ahí— pensé— incorporado al bosque y pronto florecerá la leyenda en torno suyo, y sólo yo, que he visto y comprendido la transformación, sólo yo podría explicarla.

Y continué mi marcha por el camino blanco, que desciende en rápidas revueltas hacia el valle, entre los setos de zarzamoras que deslindan los campos. Iba tranquilo y satisfecho por todo aquello.

El hombre anciano se había, al fin, metamorfoseado en raíz del resistente roble.

Cuando llegué a la próxima aldea, llamé al señor alcalde, y al maestro, y al médico y al cura.

—¿Han visto— les dije— al Hombre de Madera?

No supieron responder, porque nadie en la aldea vió nunca un hombre de madera y mucho menos podían averiguar el secreto de una metamorfosis.

Entonces, otro día, yo los llevé al bosque y quedaron encantadas las autoridades con aquel árbol tan extraño...

—Este debe ser un pagano castigado por Dios en la época de los moros— opinó el cura.

—¡Qué disparate! Esta es sin duda una escultura prehistórica tallada en el tronco— respondió el maestro.

—O un capricho de la Naturaleza— dijo el médico sacudiendo la cabeza...

Y se apresuraron a enviar a los diarios de la capital, la noticia de un curioso hallazgo, que provocaría en el mundo científico las más atrevidas discusiones e hipótesis de sabios y anticuarios...

Nadie se acordó del viejo pordiosero.

Y el roble con raíces de forma humana, quedó como una maravilla del pueblo, que es feliz con sus viñedos, sus autoridades y su «Hombre de Madera».

ESTILOS
CRIOLLOS

FACILIDAD PARA EL PAGO.

Entre los cuentos que me hizo el doctor Barandiarán en las tenidas tenidas por yo y él allá en el «Club la Unión» de Choritolongo, se destaca en mi memoria, con sus pelos y señales de relieve inconfundible, uno que por sugestivo se merece los honores de la segunda edición; porque demuestra lo bien que hace, a las veces, sus cosas el factor «casualidad», gran especialista en barros.

Conste que, de aquí adelante, nada diré por mi cuenta, pues sólo soy eco fiel de una intriga caprichosa, que haré por reproducir como me la refirieron.

Ahora, que hable mi doctor, pues yo me voy por el foro.

Estaba yo vez pasada jugando a la carambola, ya muy tarde de la noche, en lo del vasco Ramonchu (el mejor café del pueblo, siendo que el patrón lo jura), cuando penetró al local el vigilante Mansilla, el que malgrado su rol de resorte policiano, más parecía matrero... si no fuese el uniforme, que miembro de un instituto de garantía social.

Encarándose conmigo, saludó militarmente, con la mano en el kepi, y dijo:

—Discúlpeme, mi doctor, que lo inturumpa: lo precisa el señor Juez y me ha mandao a decirle que se presente al momento.

—¿Puedo seguir la bolada? — le pregunté yo sonriente.

—¿Qu'esperanza, mi doctor! No está de ráirse la cosa.

—¿Qué pasa, che? — le inquirí, maliciándome algo grave, siendo que el Juez me buscaba y a deshoras de la noche.

—¡Nada! — me agregó Mansilla — que se han tomao en peleya Baca con «el Correntino», y el pardo se le ha ido al humo, madrugándolo aleroso... no estoy fijo si con diez o doce hachazos tremendos, que casi lo ha basuriado... El Baca está que se va... si no se ha cortao del todo.

—¿Qué me dice? ¡No jorobe!

—¿Y? ¿Qué quiere que le diga? Veya, acá me caiga muerto — y al decirlo se besaba dos dedos puestos en cruz. — Esas cosas... por sabido... Cuando un tigre como es ése, pela el filoso ¡gran flautal y atropella como fulo... o llega tarde el doctor... o es que le ha errao feo el golpe, porque el otro le ha cuerpiáo. Y «el Correntino» no la erra... ni cuando tira el güesito, que para eso es como luz.

—Vamos, pues — dije yo inquieto; — pero ¿y adónde es que hay que ir? ¿Me ha tráido flete?...

—¿Y Antonio? Un overo malacara, que ve más bien en lo oscuro, que cualquiera en el cine, lo que se apagan las luces, antes de pasar las vistas.

Yo sí que precisaba una... mejor que los de la Aduana, para caminar tranquilo con aquella infame noche, más morena que Mansilla, con ser que éste es bien mulato. El cual, siempre jaranero, me había dicho al salir, encandilados los dos por las luces del café:

—¿Ha visto, doctor, qué noche? De oscura está como para correrlo a un negro desnudo; no lo pisa... ni su mama...

—¿Qué le par... ece, mi amigo? — retruqué yo por las dudas.

Mientras íbamos al tranco e inquiriendo el horizonte como Dios nos ayudaba, para que no nos rompiese la crisma algún esquinero (ya que los tales palitos no saben hacerse a un lado), el agente me informó sobre todos los detalles del sangriento batifondo. El herido estaba mal; en tan deplorable estado, que habría sido imprudente trasladarlo hasta el pueblito.

Se encontraba en el lugar donde se produjo el hecho; en la esquina de «La Tranca»; en donde según las mentas, por la contabilidad, no muy limpia que digamos, de unas partidas de truco... y por unos copetines que se habían interpuesto en el curso de la cosa... y porque los contendores (ambos valientes de oficio) no cabían a sus anchas en los ámbitos del mundo, pequeño para dos guapos, estalló fiera la lucha.

Tras una preparación de artillería terrible (siete tiros de revólver que rompieron tres botellas, bandieron a dos tabiques y quebraron una lámpara)

se produjo el cuerpo a cuerpo, madrugando «el Correntino» a Baca y chucianándolo... que lo puso a la miseria; pues no pudo defenderse, causa de haber sido herido en la mano de pegar, lo que empezó el entreviro.

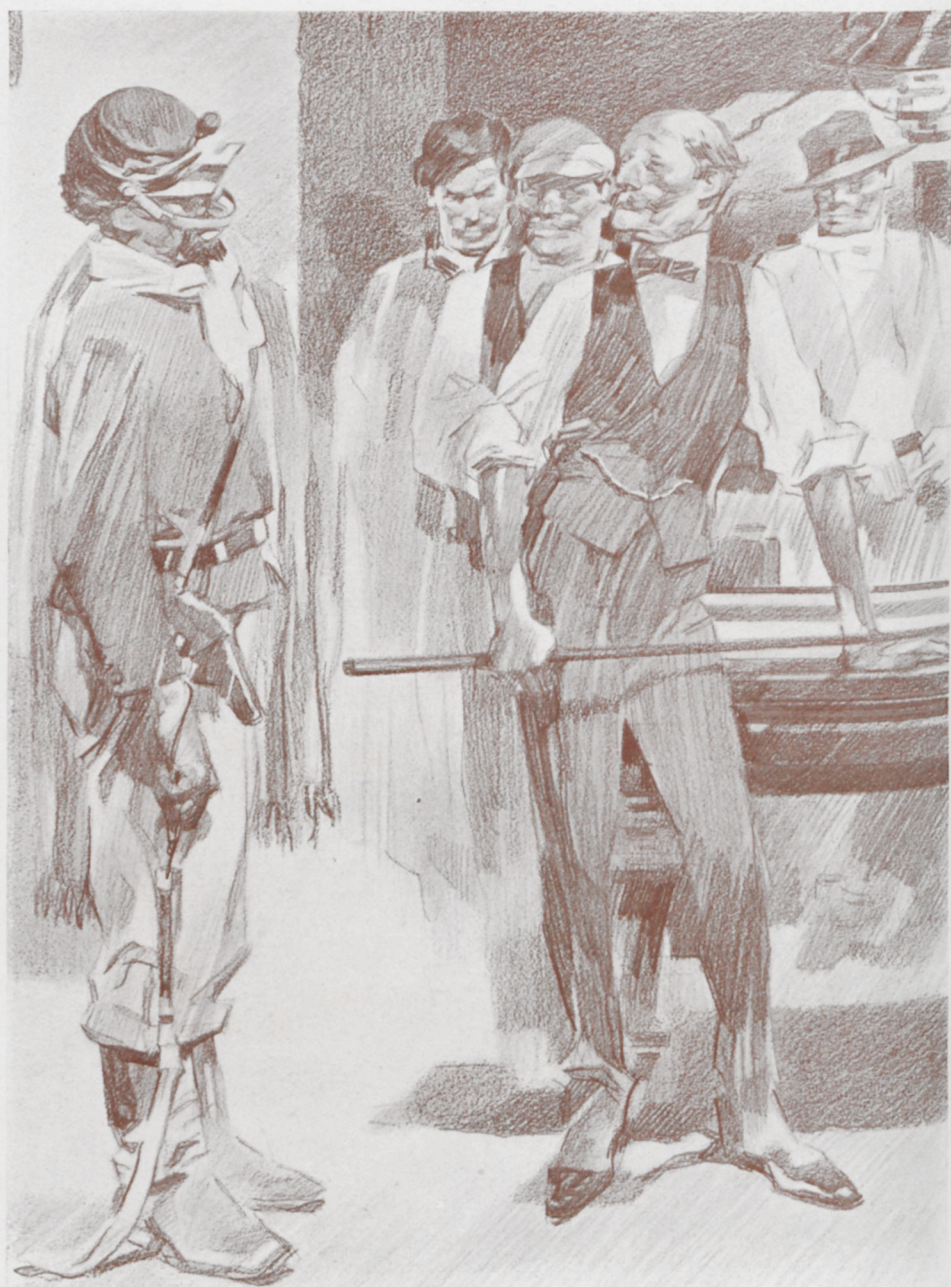
¿Cómo llevarlo al cotorro donde sabía vivir sólo su alma... y sin familia para cebarle un amargo? Niaun fletándolo en el fúnebre (la carrindanga más suave de todo aquel alcontorno) lo habría pasado bien en tan apretada noche; porque con los infaltables y macucos barquinazos, propios de aquellos caminos más piores que vizcacheras, hubiese perdido, en fija, buena cantidad de sangre; y no le quedaba mucha para derrocharla en lujos que no venían a cuento.

Unahoray pipo después, que me parecieron dos, y no con pocos trabajos, llegábam a «La Tranca», la esquina de más renombre de todas las del partido. Sobre un catre a la Crimea y arriba de unas caronas donde la sangre ponía los rutilantes brochazos de su siniestro rojear, yacía pálido, inmóvil, postrado por la hemorragia que roía su organismo, pero con el duro temple de su corazón intacto, Baca, el formidable Baca; el del cuchillo certero, el de valor sin alardes, el de ánimo generoso como un héroe de leyenda, el elemento más firme de todos cuantos seguían al invencible don Cruz, que era el tata-dios del pago, el ray de aquella comarca, que regía en absoluto, por sobre todos aquellos que pareciendo mandones eran mandados por él, que se contentaba siendo simplemente Juez de Paz... y era a la vez providencia, árbitro y «Gran Elector», más grande que el de Sajonia.

Dijérase que el herido tenía ya el alma ausente, por la plácida quietud de su aspecto imperturbable: con los párpados dormidos; sin una queja en los labios, sin una mueca en el rostro, sin un rictus de dolor: como aquel que ve en la muerte a una amada cariñosa, y la contempla sereno, sabiendo que ha de abrazarle, fiel a su honrada promesa.

Después de reconocerle como Dios me dió a entender, pues una herida del tórax le interesaba el pulmón, que al resollar por la herida soplaba sobre la luz, matándola vuelta a vuelta, pude formar un pronóstico que por muy espeluznante no le declaré al caudillo (quien desde el primer momento corrió al lado de su chiche), de miedo de darle un susto de aquellos «de no te muevas». Y una vez que hice la cura de los varios desperfectos que le habían hecho a Baca... mucho menores en número que lo dicho por Mansilla (porque siempre se exagera), don Cruz me llevó a un rincón, donde con voz alterada por el chucheo que sentía, me consultó ansiosamente, diciéndome de esta guisa:

—A estar a la hora y un cuarto que ha durao la refación, había mucho que hacer... ¿Es muy grande el desarreglo?



—Regularón el estrago — contesté con amargura y recortando la voz, para que sólo él me oyese; — un puntazo penetrante por abajo de la isilla — yo marcaba con un dedo — que por poco lo bandea, siendo la lesión más grave de cuantas ha recibido; dos hachazos competentes, uno en el costado izquierdo, que es donde se saben dar, y otro en la mano derecha que, si mucho no me engaño, afectará a su aptitud para manejar la lata. También tiene unos rasguños, pero son sin trascendencia.

—Bien; déjese de rajuños y vamos a lo que importa: ¿cré que ha de escapar con vida?

—¿Qué quiere, amigo don Cruz! No puedo decirle nada que no sea prematuro... Hay peligro muy probable de complicaciones serias: hacer cálculos alegres sobre heridas de pulmón es hacer preparativos para tirarse una plancha: es igual que hablar del tiempo que ha de hacer el mes que viene... y yo no hago calendarios ni me siento Martín Gil.

—Bueno, pero, usté ¿qué cré?

—Si algo le pudiera hablar, no precisaba preguntas. ¿No le he dicho ya, cristiano, que lo que puedo decirle es que no le digo *nient*? Yo no quiero compromisos.

—Ta güeno, pues, mi doctor; pero, sin comprometerlo: para entre nosotros... ¿sabe? ¿Por qué no me ha de decir ni tan siquiera su palpito?

Y al ver que yo me empacaba, tenaz, en la negativa, él pasó a cuarto intermedio, para añadirme después:

—Vea, lo que yo le digo es que me lo cuide ¿sabe? Baca me ha servido siempre y es un amigo muy lial: aura quiero protegerlo. Cuidemelo, se lo pido; véalo lo más que pueda, que él se lo ha de retribuir. Yo se lo garanto ¿sabe? pa que usté no pierda al fudo su trabajo ni su tiempo.

Oyéndolo, yo estrilé, mas con estrilo interior, ya que no era muy político manifestar desconfian-

POR SEVERIANO LORENTE

DIBUJO DE ZAVATTARO



costumbre que observan algunos clientes, no la abonó sobre el pucho, diciéndole al cobrador que antes de arreglar tenía que entrevistarse conmigo (expediente dilatorio, propio de mal pagador). ¿Acaso no he dicho ya lo mucho que me temía surgiesen complicaciones? Bueno, ya habían surgido.

Y cuando mi mala estrella quiso que leviese un día, por pura casualidad, pues él me andaba cuerpando... ¡más me valiera estar duermes! fué y me puso como nuevo. Con fingida indignación de hombre honrado a quien se quiere mochar algunos pesitos y se resiste al abuso, negó lo que me debía; y con arteras chicanas, más propias de un ave negra, me arguyó que no era él quien me había hecho buscar para que lo visitara: que don Cruz le había dicho: —Yo te haré trair al doctor; — que además, como yo lo era de la *Municipalidad*, lo era de la Policía, y para eso me pagaban; para curar los heridos... Coronando sus argucias, me dijo amenazador:

—No arrugue,

que no hay quien planche; y no me jorobe mucho ni eche pelos en la leche; porque si usted se empecina y se me vuelan los patos... —Sin definir la amenaza, se advertía la intención, soez y provocadora...

La ingratitud y la ancheta del canalla, me pusieron tan furo y fuera de mí, que no le atraqué un balazo... porque no llevo revólver, para sofrenar mi genio y no tener compromisos: que de no, se la doy chanta. Por otra parte pensé que, como medió don Cruz en el ya enojoso asunto, debía contar con él.

El cual me dijo en sustancia:

—Doctor, no miente el picazo, y jure serenamente: Baca no le debe un zorro; el que le debo soy yo, que fuí quien lo hizo llamar; pero yo me comprometo a hacer que Baca lo vea entre unos días, y entonces le abonará la cuentita. Precisamente le he dao una changa en un asunto que ha de serle de provecho; pues le he confiado el depósito de una punta de ovejitas, en un juicio que se sigue por cobro de pesos ¿sabe? Como viene la calor, pronto las hará esquilas: de ese modo, el producido de la lana ha de servirle para pagar sus visitas. Lo hice procurándole facilidad para el pago. Todo andará lo más bien.

—Pero, esa lana... ¿no es de otro? — me comedí a preguntar.

—La lana — dijo don Cruz, medio cabriado y travieso — no es de un otro ni es de nadie: la lana es de las ovejas: ¿a usted qué se le supone? No se meta a zonzo ¿quiere? — y me sonrió bondadoso.

Y razón que le sobraba por arriba del chambergó: ¿quién me metía a mí a otario? La bolada era embolsar el toco de los pesitos: lo demás eran historias, y no soy César Cantú ni don Bartolomé Mitre, para meterme a historiógrafo.

za frente a frente de don Cruz, que era todo un caballero... para lo que allí se está... don Cruz, sí; pero ¿y el otro? Era Baca un atorrante sin responsabilidad, ni más bienes de fortuna que un parejero, la taba, la barajita, el choclón... y una daga muy filosa al servicio de don Cruz, quien se dejaba pechar de vez en cuando por él. ¿Y de adónde iba a reunir aquel mal entretenido los dos o trescientos pesos que valdría mi asistencia en el mejor de los casos, esto es, sin complicaciones?

Pero, no había que hacerle; tenía que trabajar y que callarme la boca, por no enojarlo a don Cruz, que era allí el omnipotente.

¡Maldito sea el tal Baca! ¡Qué de quejas y caprichos, pretensiones y exigencias! ¡Y qué trabajo me dió aquella monada de hombre! Sólo en hilo de sutura tuve que empujar más largor que precisa un barrilete. Ni al alumno más contráido le dan, al rendir examen de las materias de un curso, tantos puntos como di yo en el cuero del tal Baca, para que la perra vida no se le escapase a chorros por tan extensos buracos.

Gracias a que los malevos tienen providencia aparte, que no consulta la lógica para hacerles sus caricias, unas semanas después, que no llegaron a cinco, Baca abandonaba el lecho (más bien «catre del dolor») y aunque forrado de gasas, de algodones y de vendas, igual que un jarrón de Sevres, que estuviese por viajar, ya andaba jugando al truco; y con gauchesco donaire decía a sus relaciones:

—Pa que vean si son maulas: tuavía me les animo pa un partido mano a mano, con cualquiera que raye, dándole una ventajilla: la de jugar con la zurda... pues la otra, por el presente no me sirve tan siquiera pa sostener una copa...

Como se encontraba bien, creí ya llegado el caso de presentarle la cuenta. Con arreglo a la

Contra lo que me temía, todo se solucionó del modo más conveniente. Cuando menos lo esperaba, me visitó el ex herido, que se deshizo en excusas y al fin me puso en la mano dos papeles de a cien pesos. ¿Acaso me competía indagar la procedencia de aquellas hojas de *chala*, tan lindas y amarillosas, mismo como papel de oro, aunque eran papel... papel?

Pasemos ahora a otro inciso, pero atinente al asunto, que así queda redondado. A ruego de mi señora, que me lo pidió, la pobre, con lágrimas en los ojos, hube de reconciliarme, por millonésima vez con su señora mamá, que lo es mía... aunque impolítica.

Ya en la visita primera que vino a hacernos a casa, nos solió, sin compasión, con una lata morruda. Como la conozco tanto, no la llevaba el apunte, delegando en mi consorte, deber tan poco agradable; pero al oirla, sin querer, que estaba hablando de Baca, me digné parar la oreja, pisando lo que decía de aquel tipo tenebroso; y he aquí lo que saqué, salvo error de suma o pluma. En la estancia de mi suegra (que está a diez leguas del pueblo) había habido un nación, malo como plata falsa, que en trato de aparcería la cuidaba unas ovejas...; algo así como tres mil. Causa de la perra crisis, de la seca y de otros males, en los dos últimos años no había juntado un peso; pero sabía a su casa; y bajo el seguro abrigo del crédito de mi arpa, se había dado la vuelta, entrapándose muy feo en todos los almacenes, y clavando sin piedad a tenderos, proveedores... y demás gentes sencillas que se habían fiado de él... es decir, de su aparcería. Y viendo que los negocios andaban como la mona, y el año venía mal... si es que no venía peor... se había apretado el gorro rumbo a la loma del diablo, dejando un tendal tremendo de doloridos gritones; los que fueron como bala y en patota hasta el Juzgado, sabiamente dirigidos por un tipo enredador, medio grupi de don Cruz. Este les oyó muy serio, como quien va a hacer justicia... y accedió a la enormidad que ellos le solicitaban, embargando las haciendas, bajo el pretexto especioso de que los animalitos... por lo menos la mitad, eran bienes del fugado, desde que éste era mediero. A sabiendas de que aquello significaba un despojo, se trabó el embargo al trote. Y todavía hizo más, sublimando el atropello; pues nombró depositario (como ya creo haber dicho) a Baca; el más embrollón de todo Choritolongo; quien ahí no más, de inmediato, hizo esquilas las ovejas, vendió la lana a vil precio... y se guardó la platita de donde vino a salir toda la que a mí me dió.

De modo que en fin de cuentas, si cobré mis honorarios fué por artes de Mandinga (o de don Cruz, que es igual), con dinero procedente del bolsillo de mi bruja, que el caudillo hizo pasar hasta el tirador de Baca, dándole facilidades para cancelar su débito, pagándole la asistencia.

Aquella suma que el guapo me abonó cristianamente, era la compensación con que la buena señora me indemnizó, sin quererlo, de los muchos sinsabores con que me ha favorecido, siendo autora de mis canas. Poco es el resarcimiento; pero menos da una piedra... cuando no lo es de afilar.

Desde el día del embargo, que vino a hacer mi negocio, el más ferviente secuaz y admirador entusiasta de aquel insigne «buen juez», *alter ego* de Magnaud, lo es el yerno de mi suegra... la cual, sólo tiene una hija.

¡Salve, espléndido don Cruz! ¡Hosana, juez providente! ¡Hurra, Licurgo ladino, que haces la justicia idial, hasta cuando de patriota te metes en las familias, reivindicando a los yernos contra esos verdugos hembras que los matan a *dijustos*... (como diría don Cruz).

¿No era bien justo que el mío pagara los vidrios rotos, siendo yo el damnificado? Sólo gracias a don Cruz, puedo decir que en la tierra se sabe aún hacer justicia; y que si en Berlín hay jueces, también en Choritolongo.

Me hace feliz el pensar lo que podía haber hecho un juez de esa envergadura, si en lugar de ser don Cruz, hubiese sido don Diablo.

¡Agarrate, Catalina, qué modo de galopiar!

Aun el emporio no había coronado la visión de los espíritus... Al occidente, tras los farallones de las montañas custodias el sol se apagaba en lo ignoto. Los límites los delineaban cumbreros y precipicios.

Los númenes del mar han empleado las vanguardias de la conquista en la garganta del Istmo. En la tierra salvaje retumba el azadonazo. La esclavitud pare el dolor de sus músculos. Ya las flechas no estelan la virgula brillante en el aire del clan.

De las incursiones al misterio confinante, las marismas inyectadas de fiebres mortales, cobran por cada holladura blanca, solvencias rigurosas de vidas. En la entraña de la selva late el alma de la Naturaleza.

Precaria, anodina, la situación del vivac evangélico. Los guerreros enervados cumplen el mero arbitrio de la encomienda, del azadón y el garrote. El tributo cardinal lo resume la esquilación de la palacra aflorada. La industria constituye la pepa aleatoria que deparan los lavaderos laboriosos. Vivamente irrumpen el manotón a la barrilla exigua o al utensilio similar de usos autóctonos. Y en el fondo, el orgullo de la raza, se aflige en una agria conjuración de corajes...

Trajélos mensajero al Desconocido, primordialmente el influjo del rico metal, aluvionado. La promesa de especerías cimarronas, certificadas en el mágico arbusto de la canela. La Fábula... Al uno le han ofrendado el arroyo sobrehumano. Al otro, un atávico reflejo de sibaritismo oriental. A la última todo el profundo amor y fantasía de la sangre castellana...

Y allí, como una centinela hueste que ataja la ruta al más allá, el cordón inexpugnable de las montañas plomas, con sus cien implacables bocas de muerte. La manigua fragosa. El limo fatal.

Mas he aquí que surge un bárbaro con la voz



de la revelación... Es el hijo del cacique Comagre. Viva expresión de astro encarnada, fluye de su desprecio a la codicia, el genio ancestral soberbio. Hállase el cacique, senil y rotundo, retorcido de fibras como la talla de un roble, discutiendo a gesticulaciones y ademanes la gravedad desquiciada de la balanza que mide el tributo, impotente ya de costearlo. El mancebo avanza sobre los recaudadores y su padre.

— ¡Qué! — grita golpeando con los dos puños los platillos y echando a rodar los cascos brutos de oro. — ¿Disputáis por una tal bagatela? ¡Oh, blancos, malditos! Si la voracidad de este canto guía vuestros empeños, mirad — y extendió el brazo con la boca espumarajada de ira. — ¡Mirad,

malditos! ¡Trasponed las montañas oscuras que cortan los frentes, romped el marañón, sepultaos en las charcas, cotejad los alientos con el huracán, y más allá!... ¡Al lado allá!... Si sois sobrenaturales como os decís, descubriréis una mar sobre la cual bogan las piraguas de muy poderoso imperio. Y en el estado firme, los tesoros del sol, el oro de las cuatro partes del mundo. ¡Marchad, malditos, salvad!...

La hoja de una espada le cruzó el corazón mordiendo la blasfemia. El pecho ancho del viejo cacique se amortajó con su sangre.

Y la fábula abrió desmesuradas sus alas... Ya no fueron las montañas plutónicas que cerraban ciegas el paso con sus crestones y cárcavas. Las marismas de las que en puntos sólo las copas de los árboles sobresalían. Las miasmas condensadas en foscuras extraseculares. ¡El oro! Era el clarín de la epopeya... Hasta en los cadáveres quedaba rebrillando yerta en la pupila una luz de sol con la imagen fija. La garganta del Istmo la bandeó el rumbo de sacrificios y arrebatos, vibrante, al alar los espíritus...

Es el ser sobrenatural del que la

fe del joven esclavo dudó, Vasco de Balboa, desembocando en las márgenes levantes del Pacífico. Pizarro que lo surca, y hace escalas a la visión, reparando con el apogeo el ánimo ofendido en su orgullo rudo y homérico, de la balanza cuarteadora...

¡Es el Perú! Sangre, lágrimas, horror. La América aborigen que abre la entraña del emporio, grabando sobre la rigidez de las edades, como madre en su grito de maldición, el canto humano con las tres cifras del sacrilegio. ¡Su esplendorosa y absoluta ley!...

ALBINO DARDO LÓPEZ.

DIBUJO DE CENTURIÓN.



ARTE ARGENTINO

EN EL PUERTO
LOS NUEVOS ASTILLEROS
ÓLEO DE ALBERTO M. ROSSI.





LA FUNESTA MANÍA DE PENSAR...

Podemos creer, desde la cumbre de nuestro intelectualismo vanidoso, que aquellos profesores de la Universidad de Cervera que en homenaje a Fernando VII de España escribieron «fuera de nosotros la funesta manía de pensar», eran gente de ánimo incivil, indigno y lacayuno, tan satisfechos con que su servil humillación se pagara, como sin bríos para sentirse libres y conscientes. Y sin embargo, aunque ellos no lo sabían, decían, por lo menos a medias, una gran verdad, hoy reconocida por la pedagogía.

La educación puramente intelectualista ha fracasado. Ya nos hemos convencido de que es inútil para la felicidad individual y colectiva llenarnos la cabeza de lo que pomposamente se llamaba «hechos». He aquí porque Brunetiere, que vió la cuestión, sin analizarla por su excesivo espíritu religioso, habló de «la bancarrota de la ciencia», con lo cual arrimaba el ascua a su sardina, a su credo. Huelga decir que no hay tal bancarrota; lo que hay y lo que hubo es poco cuidado por el carácter, la moral y el sentimiento y exceso de cultivo por lo que sea comprensión. Y muchas, muchísimas cosas, sólo a la luz del sentimiento pueden explicarse. Para ser feliz vale más el carácter que la ciencia, pues desde Salomón hasta Fausto la sabiduría no ha servido más que para, al fin de la vida, refugiarse en la quimera, diciendo desdenosamente a cuanto no sea fe, carácter e imaginación, ¡vanidad de vanidades!

Los males de ese desequilibrio, tan frecuente en la educación, hasta hace media docena de años o menos, se han visto en los hombres — somos muy analíticos, poco apasionados, muy egoístas — y en las mujeres en mayor grado, ya que esas normas son antitéticas con su espíritu tradicional.

Las antiguas «cabecitas locas», cabezas de novia, que decía Carriego, se hicieron frías y sesudas para evitar todo movimiento pasional que las comprometiera. Dijérase que en vez de versos leían tratados de contabilidad. Cerraron la puerta al valor y al ensueño sin prescindir por eso del placer, pero rodeándolo de un sentido que por sensualista y cobarde era triste, lejos ya la magnífica desnudez pagana y del claro de luna romántica. La bella palabra «aventura» perdió su significado novelesco y gentil o quedó desterrada de la sociedad. Si antes se entraba en el corazón de una bella con engaños que eran espada, sonetos u oro, en una hora de abandono, — ¡ah el fingido desmayo de las comedias antiguas! — ahora se concertaba todo friamente, sin que la voz temblara... Razonamos muy bien, pero con todo no hemos sabido mantener la ilusión que embellece ni el ímpetu cordial que exalta. Tenemos salud, una triste salud de enfermos, a puro de dieta. Lo líricamente generoso nos parece ridículo, lo apasionado plebeyo y he aquí que al cabo de los años vuelve a sonar la voz del corazón — en el hogar, en la escuela, en la vida toda — diciendo imperioso:

— ¡Sin mí no hay nada!

Porque los últimos duros tiempos nos han enseñado que las horas de sacrificio pueden llegar cuando menos se piense, y para afrontarlas es preciso imaginación que embellezca el dolor y sueñe con la fortuna, carácter que se transforme en acción y sentimiento que vea en la familia, en los conciudadanos, algo paterno, unido a nosotros por leyes superiores al interés que se pesa y mide. Sólo con el pensar no se podría llegar a los magníficos espectáculos que hoy presenta el mundo.

Mujeres de Francia que cuidan a los heridos o substituyen al marido que pelea en las trincheras, ¡qué lejos están de la normalista engreída, de las que se administraban el amor con cuentagotas, de las frívolas del traje! La ciencia y el poder de reflexión que aquéllas tenían, ahora, con las alas del sentimiento, ha subido a donde no se esperaba. Esto es, pues, la magnífica lección de las horas presentes. Ya France, al final de un libro destructor, arma terrible la sutilísima — estilete florentino — de su ironía, dice tristemente:

— ¡Ten entusiasmo, hijo mío; sin él nada vale!...

Y es que sin la gloriosa capacidad para sentir, el pensar sólo es funesta manía; renunciar a sentir, a ser lírico y vibrante, lo que no se opone a ser razonable y sensato, equivaldría a que el cóndor, fundándose en que tiene fuertes garras para escalar los picachos, se cortara las alas...

¡Resuenen, pues, en todas partes las antiguas palabras heroicas! Con ellas ya no hay peligro de dar aliento a romanticismos estériles ni a nada declamatorio. Serán fuerza nueva y generosa, y de la misma manera que el ave del mito renace de sus cenizas, de nuevo el corazón surgirá triunfante en la nueva llama del eco noble de la canción antigua, cuando las palabras conquista y martirio eran corrientes y era divisa el «por mí Dios y por mi dama».

Sin locuras, sin crespas melenas ni grandes frases; sencillamente, suavemente, que no hay mejor ejemplo de familia ni de padre que aquel de Héctor, desprendiéndose del casco guerrero para besar a sus hijos ¡y luego al combate!...

C. GARCÍA LANDA.

DIBUJO DE GUIDO.



Bosch

ÓLEO DE ENRIQUE MARTÍNEZ CUBELLS.



EL MAESTRO MARINUZZI.



El grande y clamoroso éxito alcanzado por la ópera «Jacquerie», estrenada recientemente en el teatro Colón de Buenos Aires, ha colocado a su autor, el maestro Gino Marinuzzi, entre las figuras más descolantes de la moderna música italiana.

El argumento de la obra, basado en un capítulo fundamental de «Los Misterios» de Eugenio Sué, refleja, de modo sumamente artístico y profundamente dramático, la honda tragedia del más violento de los absolutismos feudales.

Como director de orquesta, el ilustrado profesor del Conservatorio de Bolonia, es, antes que nada, un gran artista de emoción. Su cualidad más valiosa consiste en saber dar expresión y relieve a la obra que dirige, pero desarrollando una técnica prodigiosa, medio indispensable para conseguir el mayor perfeccionamiento en la interpretación de los temas.

Aprovechando la circunstancia de encontrarlo solo una noche, en su camerino del Colón, le recordamos el antiguo propósito de dar a conocer algunos pormenores de su carrera y de su vida. El aceptó gustoso, y en agradable intimidad, nos entretuvo con su conversación ingeniosa y amena.

Colocados frente a frente, observamos con detenimiento su figura. Vestía con pulcritud y sobriedad; la melena, de aspecto romántico, dejaba entrever algunas canas prematuras, descubriendo al hombre enérgico y estudioso.

— Mis aficiones musicales, — nos dijo mientras se sentaba — despertaron cuando yo era todavía muy niño. A los seis años tocaba ya el piano con bastante corrección, aunque sin haber hecho aún los estudios preliminares. Sin duda heredé esa cualidad artística de mi padre, que era también gran aficionado a la música; además, tenía verdadera clarividencia para diferenciar lo bueno de lo malo, y sobre todo, una admirable retentiva.

— A propósito de esto — le interrumpimos — una de las cosas que más han llamado nuestra atención, es haberlo visto con frecuencia, dirigir obras clásicas sin el papel delante.

— Hablándoles con toda franqueza, no encuentro nada de particular en eso... Es cuestión de práctica y de ejercicio. Al comienzo de mi carrera, tenía que hacer grandes esfuerzos de voluntad para dirigir algo de memoria sin equivocarme, y ahora tardo tan sólo quince días o un mes, como máximo, en aprenderme una obra, por difícil que sea.

— Con tan amplios conocimientos en la música, empezaría a estudiar muy joven.

— A los diez años eran tan grandes los deseos que tenía por aprender, que contrariando la voluntad de mi familia, ingresaba como alumno en el Conservatorio de Palermo, siendo mi primer maestro el anciano músico Guillermo Zuelli, actual director del Conservatorio de Parma.

— ¿Y estuvo muchos años allí?

— Hasta el 1900 que terminé los estudios, ganando el título de compositor. Mi padre, el senador Antonio Marinuzzi, que sucedió en importancia como jurisconsulto al célebre Francis Crespi, quiso dedicarme entonces a su misma profesión de abogado, para lo cual tuve que empezar la carrera... Cuando estudiaba los clásicos en el Liceo de Palermo, en cuya ciudad nació el 24 de marzo de 1882, se cometió el asesinato del rey Humberto, y yo, impresionado enormemente por aquel acontecimiento que conmovió a toda Italia, dejé los libros y me puse a escribir una misa de requiem, que fué cantada con toda solemnidad en los panteones de la capital de Sicilia... Por esta circunstancia, y también por ser dicha obra mi primer ensayo como compositor, se me favoreció poco después con el nombramiento honorífico de Caballero de San Lázaro y San Mauricio.

— Pues en verdad que resulta interesante la iniciación de su carrera.

— No carece de originalidad.

— Y siendo tan joven, le halagaría mucho esa distinción.

— Bastante. Siempre recordaré aquella época de mi vida. Alentado por el éxito de mi primera obra, tres meses después empezaba una comedia lírica en tres actos, que con el título de «Barberina», se estrenó el año 1903 en el teatro Máximo de Palermo...

Hizo una pequeña pausa, y agregó:

— Esta obra también alcanzó éxito, mereciendo por ella ingresar como director de orquesta en un teatro de provincia. A raíz de este nombramiento

y pensando siempre en la evolución del arte lírico, me puse a escribir algunas composiciones sinfónicas sobre motivos populares.

— Suponemos que le harían ganar bastante plata.

— Casi ninguna. Ustedes saben muy bien que las piezas musicales no producen grandes beneficios. «Sicania», por ejemplo, me la compró un editor en mil liras, y creí haber hecho un buen negocio.

— Como director de orquesta, sí habrá ganado mucho.

— Lo suficiente para vivir, y asegurar el bienestar de mi familia.

— ¿Recuerda cual ha sido la mayor emoción de su carrera?

— La emoción más intensa que recuerdo haber pasado en mi vida, fué hace cuatro años en la Scala de Milán, cuando estrené «La Suite Siciliana»... y hace unas noches en el Colón, al representarse por vez primera mi ópera «Jacquerie». La simpatía con que el selecto público de Buenos Aires acogió la obra, es algo que no olvidaré nunca...

— Y díganos usted, Marinuzzi, ¿ha tenido algún episodio desagradable en su vida?

— Aparte de esos pequeños incidentes sin importancia, que nunca faltan en la profesión, no conservo en la memoria ninguna cosa verdaderamente desagradable. Ahora, si algo puedo considerar digno de mención en ese sentido, es el haberseme rechazado la solicitud que presenté para ingresar como voluntario en el ejército italiano, cuando se rompieron las relaciones con Austria... Apesar de todo, no he perdido todavía las esperanzas de marchar a la guerra, estando decidido a ofrecer de nuevo mis servicios en el ejército, cuando regrese dentro de poco a mi país.



— Y respecto a su última producción musical, ¿hace mucho que la tenía empezada?

— Casi desde el estreno de «Barberina», yo tenía pensado componer una obra, que además del interés dramático, reuniera la mayor fuerza y amplitud dentro de la composición sinfónica; para iniciar el magno proyecto, me puse en comunicación con Donaudy, proponiéndole la idea, que desde luego aceptó, de escribir un libreto de ópera. Cuando tuve en mi poder el manuscrito, fueron tantas las modificaciones y arreglos introducidos en él, que ni el autor lo conocía luego.

— ¿Es que no lo encontraba aceptable?

— Al contrario; el libreto de «Jacquerie» era magnífico para lo que yo me proponía realizar; lo que pasó es que muchas escenas resultaban largas o poco teatrales... Entonces fué cuando pedí permiso a Donaudy para arreglar el texto, y en cuanto me lo concedió, no perdóné ni una línea siquiera. El final del segundo acto, sobre todo, lo transformé completamente...

— ¿Usted pensó siempre estrenar la obra en Buenos Aires?

— Antes de 1914, tenía hecho ya un contrato para darla a conocer en el coliseo municipal de Trieste... Luego, como no fué posible llevar a cabo este compromiso, pensé estrenarla en Buenos Aires... Es una deuda de gratitud que tenía pendiente con el público porteño, el cual, al hacer demostración de su generoso entusiasmo, me obliga a exteriorizar públicamente, por intermedio de PLUS ULTRA, los sentimientos de mi predilección y simpatía.

La cabeza de arcilla estaba en el suelo, rota, deshecha. La tierra arenosa y seca que fué dúctil, cubría la alfombra del taller, la alfombra con arabescos turcos. En la penumbra del cuarto, con los brazos cruzados sobre el pecho, de pie, pensativo y mudo, César contemplaba el desastre. Una involuntaria emoción ensombrecía sus facciones varoniles, bronceadas, algo adustas sin profundizarlas, pero en las que se descubría generosidad y nobleza. Una tristeza inefable, lejana, amarga, dábale la sensación de estar viviendo horas pasadas, traía el recuerdo claro de dulzuras adormecidas.

¡Pobre cabeza hecha pedazos de la encantadora Yía! Era lo último que lo ligaba a ella; desprendidas una de la otra sus vidas, encarriladas por diferentes rumbos, cada vez se alejaban más, se esfumaban, se perdían en el horizonte del recuerdo.

El, abogado, muy artista, escultor en sus momentos de ocio, disimulaba en una alegría afable y tranquila el desamparo de su corazón que no volvió a querer después de aquella desilusión de adolescente; ella, casada con alguien que no la comprendía, vivía retirada del mundo, no se la veía nunca y según César no era feliz.

Y contemplando los restos de aquel busto que él había modelado durante largas horas y noches enteras, con tanto cariño, tanta esperanza con todo lo más ideal, lo más sensible, abnegado y tierno de su ser, evocaba



LA BELLEZA

Por

MARIA ROSARIO LEDESMA

Hay gustos y sentimientos en el corazón del hombre, no cultivados.

Uno de ellos es el del amor a la Belleza, que viene a ser como un ala más que Dios nos da para remontar hacia El.

Ante la belleza de un ser, o la majestuosidad de un panorama, sentimos el estremecimiento de esas alas hacia aquello que la ciencia humana ha debido llamar lo «Inconcebible».

Este es un sentimiento innato en el hombre, como lo es el deseo de la felicidad.

Están los dos íntimamente unidos, puesto que uno es complemento del otro; pero como no hemos aprendido a cultivarlos, buscamos su satisfacción donde no se encuentra.

Y de ahí, la desgracia en la sociedad, y en los pueblos, y de ahí el relajamiento en las artes y en la música; y de ahí el desprecio, el sacrificio de la naturaleza.

John Ruskin, es el gran promotor de estos gustos que hacen sanos y viriles a los pue-

Mientras mi pensamiento lo surca con extrema frecuencia, — dado que la comunidad de ideales y de sentimientos de estas dos ciudades del Plata, estrecha sus vinculaciones en todas las fases de la vida, — mis frases escritas tienen más dificultad en hacer la travesía.

«Las palabras — ha dicho Rivarol — son como los hombres; sólo valen cuando ocupan, éstas como aquéllas, su verdadero sitio.»

Esta manera de pensar del escritor que a fines del siglo XVIII cautivó a la alta sociedad de Francia con el encanto de su conversación, la sagacidad de sus réplicas y la malicia y causticidad de sus juicios, me ha hecho meditar, pluma en mano, antes de resolverme hoy a manejarla...

Si mis pobres frases, desprovistas de inspiración y colorido, han sido aceptadas en mi tierra natal con esa indulgencia característica con que disculpamos las madres las debilidades de los hijos... ¿no fracasarán acaso, más allá de las azuladas aguas, en las columnas de PLVS VLTRA cuya página femenina, dirigida por una inteligencia su-

¿En qué forma la mujer de la clase pudiente debe intervenir para tratar de mejorar la condición en que se encuentran las mujeres obreras de nuestro país?

Para tratar de mejorar la condición en que se encuentran nuestras obreras, creo que la mujer pudiente de nuestro país debe ante todo empezar por instruir las, pues los errores que se cometen por la ignorancia son enormes y algunas veces irreparables.

Vigilar la remuneración de sus trabajos y exigir de las personas que las emplean que sean remuneradas en iguales condiciones que los hombres o tal vez mejor, desde el momento que se puede probar que en la mayoría de los casos ellas ejecutan su trabajo mejor que ellos y tienen, como ellos, la lucha por la vida con la desventaja de la debilidad de su sexo.

Fundar un asilo para las que hayan perdido su salud a causa de su trabajo, establecimiento que se ayudará a sostener por ellas mismas, trabajando descansadamente cada

LA CABEZA DE ARCILLA DE PORTELA



con extraña lucidez, innumerables escenas de otros tiempos.

Primeramente, cuando él la conoció, pequeña, con los bucles de sus cabellos oscuros, sueltos sobre los hombros, le interesaba ya la expresión de franqueza de su fisonomía fina.

Después... dos, tres años de una amistad estrecha, íntima, y sin darse cuenta el amor que arraigaba profundamente en su corazón virgen. Ella le correspondía; sí, él estaba seguro; ella lo había querido, lo había querido mucho. ¿Y entonces? ¿Cómo sucedió aquello?

César pasó repetidas veces las manos por su frente y oprimió sus sienes.

Recordaba las interminables conversaciones, las partidas de tenis en Palermo; y de improviso, sin preparación alguna, el enfriamiento de Yía, que retraída, inabordable, parecía temer hablarle y oírle. Por fin, una tarde magnífica, llena de luz, allí mismo en el tenis, fué la revelación dura, implacable, a pesar de formularla con sus labios bellísimos, con una

blos, encantadores a los niños y grandiosos a los países.

Dicen: «Una nación no es digna del suelo y de los paisajes que ha heredado, sino cuando por todos sus actos y todas sus artes, los torna más bellos aún para sus hijos.»

El paisaje, en efecto, es como la imagen amada de la Patria: cuando en ella pensamos no la imaginamos ver, en un grupo de hombres, que discuten sus leyes, o en una muchedumbre que clama sus reivindicaciones, o en una estatua de mármol que la simboliza. ¡No! Imaginámosla ver en el conjunto de una pradera, o en la cadena de altas montañas o en un grupo de árboles en medio de nuestras pampas.

La Naturaleza es el libro por excelencia: en ella encontramos lo que las palabras humanas no han podido expresar.

Asociémosla a nuestra vida: en las horas de felicidad regocijase con nosotros brindándonos un día de claridad, en cuyo crepúsculo aun brillan ciertos rayos de luz.

Contemplad un paisaje, sus grandes colores fuertes, sus caminos bordeados de árboles, el verdor de la llanura, las ondas de un río que corre presuroso, nos llenan de una intensa emoción mística.

El horizonte que cerca esta llanura, es el que cerca toda vida: da un sitio de honor a nuestra sed de infinito al mismo tiempo que nos recuerda sus límites.

La tierra no es solamente una base de

perior, debe ser algo así como el florilegio de lo que puede producir el cerebro de la mujer?

Sin embargo, en todas las indecisiones de la vida, hay siempre un impulso del alma, bueno o malo, que hace oscilar el espíritu en suspenso, en pro o en contra de aquello que más preocupa... Pues bien, en este mi caso, es un deber de gratitud el que mueve ahora mi pluma: «Noblesse oblige» — y la quisiera ligera y chispeante como la de Mme. de Sevigné, sino capaz de abrir horizontes nuevos a la literatura como la de Mme. Staël — para buscar y elegir un lema que fuera digno del honor que se me hace, al darme hospedaje en estas columnas.

Buscar un tema... nada tan fácil y tan difícil a un mismo tiempo. Quien admira la Naturaleza, tanto en la grandiosidad de una puesta de sol como en el más ínfimo detalle

una en su especialidad, cuyos trabajos serán puestos a la venta pública en el mismo establecimiento.

Pedir la ayuda del Congreso para apoyar las leyes que se crearían y también para obtener una suma anual del Gobierno, que, conjuntamente con las donaciones particulares que harían las personas pudientes, sería la base para la formación de esa institución, que sería, al mismo tiempo, una especie de club para las no asiladas, donde encontrarían amena lectura para alimento de su espíritu en sus momentos de descanso.

Nombrar una comisión de señoras para censura de los espectáculos públicos, ya sean teatros, cinematógrafos u otras diversiones a poco precio, donde las obreras acuden los días de fiesta. Pedir la ayuda de las autoridades para hacer clausurar establecimientos donde el espectáculo puede dañar la obra de

voz suave, algo estremecida.

— Oye, César; te considero el mejor de los hombres; reúnes en tu persona todas las cualidades que deben ellos tener según mi modo de pensar. Me gustaría casarme contigo; pero no puedo engañarte: yo no te quiero... tal vez más adelante cambie...

César recibió un golpe horrible; tuvo la sensación de faltarle el corazón y perdió la noción del lugar donde se hallaba.

Multitud de sentimientos se agolparon en su cerebro, entremezclados con su dolor: la ira, la desconfianza, la duda, la impotencia, los celos? No pudo definirlo; pero sufría demasiado y en el turbión de pasiones que lo ennegrecía dominó algo: el ansia de devolver el daño que se le hacía.

— Yía, — profirió demudado, — te juro por mi madre, que es para mí lo más sagrado, que aunque te muera de amor por mí, y aunque estuviese yo muriéndome de amor por tí, no me casaré jamás contigo.

Y agregó enronquecido:

trabajo para el hombre, sino también un lugar de esparcimiento, donde se verifica la educación de la raza humana.

¡Qué ingratitud no ver las maravillas con que Dios la ha bendecido! Es que se miran con ojos indiferentes por la costumbre.

La Naturaleza tiene también su influencia pacificadora, pues los hombres todos buscamos llenar nuestras vidas con el espectáculo de los montes, de los ríos y de las flores, cada vez que la prueba debilita la fuerza habitual de nuestros espíritus.

¡Dichosas las almas puras e infantiles que la vista de un rayo de luz, de una flor, los llena de alegría!

Uno de estos espíritus era el Dante.

En su Divina Comedia nos demuestra su amor a la Belleza, y Beatriz, símbolo de lo Bello y de lo Puro, es quien espasme por doquier la beatitud.

El alma de una época vibra en los versos del poeta, y el alma de una época atraviesa también el alma de un hombre.

La luz es el símbolo continuado del Paraíso de Dante.

«Luz intelectual llena de amor, Amor del verdadero bien lleno de alegría, Alegría que sobrepasa toda dulzura.»

He ahí, también, la Belleza de la literatura, cuya expresión culminante es el Dante.

Encontrámosla asimismo en las bellas artes, que tanto más sublimes son, cuanto

de su suelo; quien siente el arte en sus manifestaciones de estética y de armonía, y piensa con Cicerón «que no hay nada tan grande como contemplar con los ojos del alma, el alma misma», debe sentir «l'embarras du choix», con la triple atracción de describir un paisaje, de comentar una melodía, o de interpretar un impulso emotivo...

Reflexionando despacio he pensado, pues, que como manera de debutar en la prensa argentina, me corresponde hablar de esa reciprocidad de sentimientos de nuestros dos países, a que he hecho alusión en las primeras líneas de esta charla, ensalzando tanto su importancia, como el desarrollo que ha tomado en los últimos años, con el doble éxodo que se produce periódicamente: en invierno, el de los nuestros para participar aquí de la vida artística y social, mucho más

— Para mis amigos tengo el corazón y para mis enemigos la hiel.

César sonrió débilmente al recordar el fogoso, entusiasta y sincero enojo de sus diez y ocho años.

No hablaron más; pero después de algunos días de sufrir hondamente, reaccionó. Su nobleza y su generosidad absolvió poco a poco lo que él creía ser la perfidia y la traición de Yía; pensó en su lealtad, en que quizá fuera ella la primera en desconsolarse de la separación que imponía y le ofreció ser su amigo, aconsejarla y dirigirla. Fué imposible.

De pie, inmóvil, con los ojos siempre fijos en el suelo, César cavilaba.

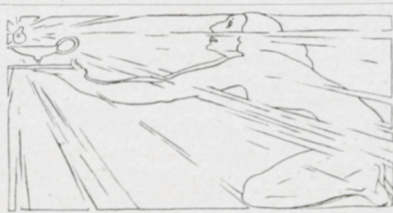
¿Qué había sucedido? Si ella lo quería, ¿cuál era la clave de aquel asediador misterio? ¿A qué móvil había cedido? ¿En qué repliegue de su alma complicada de mujer, de sus aspiraciones o ambiciones de nifia, se ocultaba la verdad de lo que entonces aconteció?

César alzó los hombros con desprecio.

¡Bah! Triplemente imbécil era buscar aún dilucidar un enigma que tanto había diseado. Feliz o desgraciada, ella lo había querido.

Nada sobrevivía ya de aquello, ni la estatua: del amor esculpido en arcilla sólo queda polvo...

¡Pobre cabeza hecha pedazos de la encantadora Yía!



más se asemejan a la Naturaleza; y especialmente la música que llega a emocionarnos y hacernos derramar lágrimas.

Pero hay aun más: es la belleza de los espíritus.

Vémosla en esas virtudes que hacen que un soldado muera por su Patria; una madre se sacrifique por su hijo, un talento se desvele por la Ciencia.

Hay acaso en la vida interior, una hora más trágicamente bella que esa en que la razón se somete, no porque abdica, sino porque juzga, según la expresión de Pascal, que debe someterse.

La razón humana conformándose al orden, lanza en la armonía total una nota de suprema belleza.

En la juventud, cuando todo es fresco y vigoroso, es cuando debemos aprender a amar lo verdaderamente Bello, para tener un goce más en la vida que es a la vez un arma.

importante e intensa que la de Montevideo en el estío, el del elemento porteño, que llena nuestros hoteles, da animación a nuestras playas y lleva un valioso contingente de hermosura, de elegancia y distinción que somos las uruguayas — sea dicho en honor de la verdad — las primeras en reconocer y admirar...

Yo quisiera que esta armonía existente en la sociabilidad de ambos países, aborudara también el vasto campo de la intelectualidad femenina, intensificándose en él... Y que así como se ha establecido un intercambio para nuestros productos materiales, se iniciara desde ahora un canje de ideas y de observaciones, de índole literaria, que pusiera frente a frente el esfuerzo de la mujer argentina y la uruguaya, bajo el impulso de un mismo ideal. Y si esta mi idea, tuviera un eco simpático en este ambiente, sentiría-me yo profundamente grata, porque sabido es que en la simpatía, como en la ausencia, son siempre los ecos más agradables, aquellos que de más lejos nos llegan...

Montevideo.

manera práctica y fácil: reuniéndose un grupo de señoras, y estudiando las condiciones en que actualmente está la obrera; una vez hecho esto, pedirán una autorización especial para poder penetrar en los talleres y fábricas en el momento que lo deseen; estas inspecciones serán mensuales. De esta manera los patronos o dueños darán cumplimiento a las leyes y ordenanzas, que existen, pero que no se cumplen o se olvidan. Ellas personalmente se informarán de las condiciones de higiene, de moralidad y salarios, tratando de mejorar lo que les parezca conveniente con el patrón o dueño, no sin antes haber estudiado el caso en sus reuniones quincenales. Poco a poco podrán inculcar en el dueño o patrón la caridad cristiana, dándole las señoras el ejemplo. Fomentarán entre las obreras la idea de unión en sindicatos, y del ahorro en la Caja Dotal, obras hermosísimas que contribuyen a la grandeza de la Nación Argentina.

M. GRACIELA BALIERO.



RUZANDO EL RIO...

Por

SARA BLIXEN.

rras du choix», con la triple atracción de describir un paisaje, de comentar una melodía, o de interpretar un impulso emotivo...

Reflexionando despacio he pensado, pues, que como manera de debutar en la prensa argentina, me corresponde hablar de esa reciprocidad de sentimientos de nuestros dos países, a que he hecho alusión en las primeras líneas de esta charla, ensalzando tanto su importancia, como el desarrollo que ha tomado en los últimos años, con el doble éxodo que se produce periódicamente: en invierno, el de los nuestros para participar aquí de la vida artística y social, mucho más

educación que he propuesto anteriormente. ¡Oh si nuestras autoridades se dieran cuenta que con sólo su ayuda podríamos nosotras, las débiles, hacer la gran obra de regeneración, obra que sólo las mujeres pueden llevar a cabo!

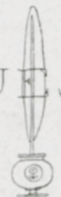
Vigilar sus viviendas, tratando de que se saque menos interés del dinero y se les dé más aire y luz; pero insisto que la base de todo es la educación. Una vez la obrera educada, todo estará hecho; correrán los peligros y sabrán evitarlos.

Concluyo con el convencimiento que no hay otra asociación más apropiada para ejecutar esta obra que la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.

FANNY GOVERNANT DE WOODGATE.

La mujer pudiente puede intervenir para mejorar la condición de la obrera, de una

ENCUESTA





UNA CIUDAD PROVINCIANA

Lo material, así como lo espiritual y sentimental. No es precisamente la pintura de una determinada ciudad, lo que intento en estas páginas. Pero puede ser la de cualquier ciudad del norte, donde el inmigrante no ha llegado en modo suficiente a cambiar las modalidades y rasgos típicos de la vida argentina de antaño.

Reposa la ciudad, tranquila, plácida, como hechizada de quietud y de silencio. Sus casas pequeñas, sus callejas solitarias, sus dos o tres plazas rodeadas de naranjos y terebintos, donde una fuente rumorea una canción lánguida y monótona. A la distancia la visión serena y magnífica, de los cerros que la tela del aire colora de azul. Algunas casas de tejado y alero a la usanza colonial, con sus portones y puertas de forma antigua recuerdan la vida de hace un siglo. Y no sólo llaman la atención aquellas casas con algo de viejo e histórico, sino que también sus costumbres, sus hábitos, sus gentes; casi diríamos todas las modalidades de su apacible vida exterior. Ya es el tipo popular, ya es el baile de arrabal en el rancho suburbano, desvenecijado y sucio, donde se baila la zamba, la cueca o la chacarera. Son las coplas del cantor de la parranda, ora tristes y plañideras como el llanto de la quena del indio platero, ora de un subido tono picaresco que acentúa la malicia del coplero. Ya es el lenguaje, original, arcaico, con sabor de vino añejo, de español antiguo, enreverado de regionalismos ordinarios.

La existencia sencilla sin mayores sobresaltos, sin la agitación febril de la urbe cosmopolita en que vibra y canta la vida. Nada más sedante para los nervios cansados que una ciudad provinciana. En ella no existen los enfermos de neurastenia. Gentes de andar lento, transitan por sus calles.

Me propongo aquí esbozar la vida de una ciudad provinciana.

De vez en cuando os sale al paso un «opa» que os habla con su voz gangosa y alcoholizada y os mira lánguidamente con sus ojos claros y dulces. Pero los «opas» están en decadencia; al menos, así lo afirma con fino humorismo Juan Carlos Dávalos, de Salta.

La vida tiene un carácter, un sabor aldeano. La cultura es aldeana, el pensamiento aldeano y el espíritu aldeano. Sus disputas son disputas de campanario. Sus problemas menudos y pequeños. Vive así la ciudad, su vida, materialmente exigua, pequeña y pobre en lo espiritual. En suma vida «ingrata, áspera, elemental y bárbara», como diría aquel buen cura de la parroquia de Río Frío, de Avila, don Jacinto Bejarano y Galavis, escritor ignorado en la historia literaria que exhuma de un rincón olvidado del siglo XVIII en «Un pueblecito», el pulcro e inimitable Azorín.

Durante el día la ciudad cobra variados aspectos de mil diversos matices.

LAS MAÑANAS

Amanece tardíamente para sus moradores. Las mañanasson frescas, claras, llenas de sol. Un escritor de capacidad descriptiva, encontraría sobrados motivos para cuadros llenos de colorido y animación. Sobre todo en sus tipos populares.

El lechero, que viene del pueblo vecino, golpea con el rebenque sus tarros. Vuelve a golpear hasta que la chinita asoma con el cabello en desorden, la pollera mal prendida, los ojos adormilados. El lechero mide su leche en un litro de latón, sucio, y se marcha al tranco de su jaca escuálida. Esta escena se repite de casa en casa. Son los burritos leñateros, que arrea un muchacho desarrapado. Se detiene de puerta en puerta; ofrece su carga; cierra el trato, mientras los burritos hacen piruetas en la calle.

El pastero, cómodamente sentado sobre el fardo de alfalfa, que pasea por las calles, silba garboso e insolente. Un cornetín suena de hora

en hora con un sonido largo y agudo. Es el tranvía rural tirado por dos flacos mancarrones.

LAS TARDES

En la tarde el aspecto varía. La ciudad se anima. Las calles adquieren movimiento y alegría. El paseo favorito se puebla de niñas, mientras la banda municipal ejecuta desastrosamente música monótona y vulgar. Es la hora de los idilios. Canta la vida un himno de juventud en los atardeceres deliciosos. El sol se ha ocultado tras las cumbres lejanas. En occidente una mancha rojiza semeja un gran incendio. Los cerros negruzcos, con sus moles enormes a la distancia, dejan la sensación de una procesión de sombras. La hora os invita a soñar. La imaginación teje y desteje fantásticas historias y romances imposibles. Una vaga y dulce tristeza os invade en esa hora del crepúsculo de una ciudad provinciana.

LAS NOCHES

Los cielos altos, claros, estrellados. Una calma apacible y suave lo llena todo. La luna tiene una majestad señorial. Su luz proyecta largas sombras en la alameda de los bulevares. En las calles algunas familias hacen rueda y charlan en las veredas. Después de las once todo duerme y la noche se puebla de vagos rumores. Diríase que es la ciudad del silencio. A lo lejos se oye el ladrido de los perros, el rodar de un carruaje en el empedrado tosco, o las pisadas de un transeunte que resuenan con sonoridades prolongadas y extrañas. Las cúpulas de las iglesias se elevan agudas, serenas, imponentes como guardianes a los cuatro vientos de la ciudad dormida.

En el campanario del viejo e histórico convento, una lechuza que tiene allí su guarida lanza un agudo chirrido; el caminante noctámbulo se santigua, como para alejar el maleficio, pues él sabe que es ave de mal agüero...

DIBUJOS DE SIRIO.

ARTURO DE LA MOTA.



-PLUS ULTRA-



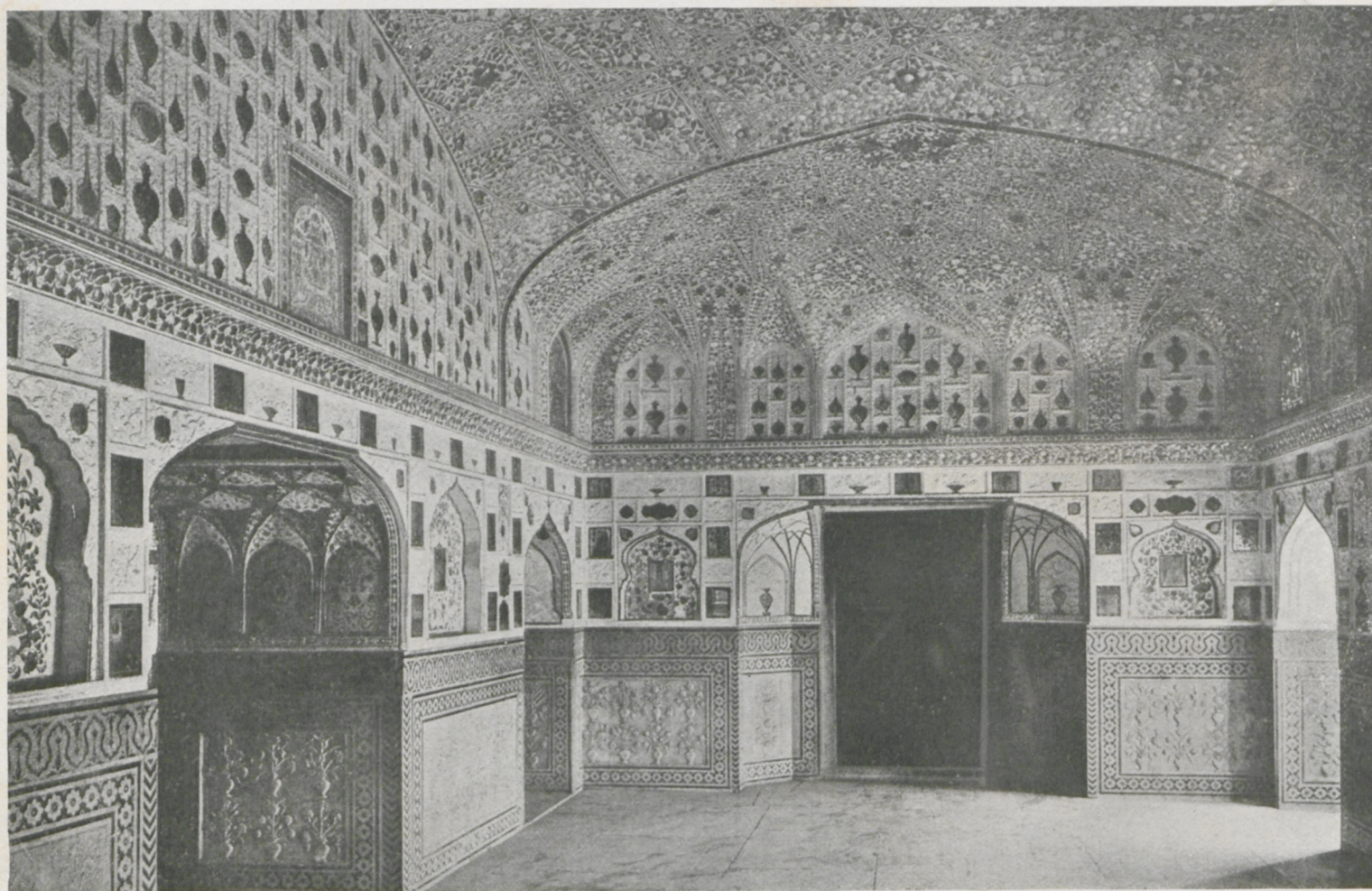
PROBLEMA DIFÍCIL

LA ELECCIÓN DE SOMBRERO
GOUACHE DE ÁLVAREZ.

La Cubana

Cigarrillos de 40cts

AMBER — INTERIOR DEL PALACIO



EL MAGNÍFICO PALACIO DE LA CIUDAD DESIERTA, DE AMBER. HÁLLASE EN PERFECTO ESTADO DE CONSERVACIÓN Y ES ADMIRABLE DECHADO DEL ARTE DE RAJPUT.

BELLEZA PERPETUA

EL SECRETO DE ASEGURARLA POR MEDIOS CASEROS, SENCILLOS Y EFICACES

POR

CHARLOTTE ROUVIER

LA NATURALEZA HACE NUEVOS CUTIS

ES un hecho conocido que la piel humana está sufriendo constantemente un cambio de desgaste y renovación. Cuando se avanza en años o la vitalidad declina, este cambio de tejidos se entorpece. La piel mortecina y manchada permanece tanto tiempo que las personas se quedan con cutis «pobre».

El sentido común nos dice que, esta epidermis mortecina no se la puede hacer revivir o hermosear, con cosméticos, abluciones o polvos. El remedio natural que hay que hacer es quitar la piel ofensiva, llevándose el cutis malo. Se ha visto que la cera ordinaria mercolizada, absorbe completamente la piel debilitada, en partículas pequeñas, tan suave y gradualmente que no causa molestia alguna. La cera mercolizada — que se puede comprar en cualquier botica — se pone por las noches lo mismo que si fuera cold cream, y se lava por las mañanas. Si quiere usted tener un cutis brillante y hermoso use este sencillo remedio. Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente con un envoltorio de cartón blanco, con las palabras en inglés «pure mercolized wax» impresas en azul.

EL ATRACTIVO DE LOS CABELLOS ABUNDANTES

LA belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante, están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax puro como shampoo a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce

en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, conteniendo cada uno cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos gránulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.

BARRILLOS GRASIENTOS Y POROSOS

EL nuevo tratamiento del cutis del rostro por el sistema del baño espumante de la cara, extirpa instantáneamente los puntos negros, grasas y poros que nos afean. Es inofensivo por completo, agradable y de un efecto inmediato. Todo lo que tiene usted que hacer es echar una tableta de stymol (de venta en las farmacias y droguerías) en un vaso de agua caliente, y tan pronto como haya desaparecido la efervescencia que se produce, bañe usted su cara con este líquido. Cuando se seque usted encontrará que los puntos negros han salido de su guarida para ir a morir en la toalla, que los poros de su cara se han contraído y que también ha desaparecido la grasitud, dejando el rostro liso, suave y fresco. Este tratamiento debe repetirlo usted con intervalos de varios días, para asegurarse de que ese primer resultado se convierte en realidad permanente.

LAS CANAS. — REMEDIO CASERO

SON muchas las razones para que consideremos a las canas como huéspedes molestos, y muchas también las que nos hacen aborrecer el uso de los tintes. Y, por otra parte, no hay razón para



tener canas si no queremos tenerlas. Devolver el color natural a las canas es realmente la cosa más sencilla. Basta comprar en la botica dos onzas de tammalite y mezclarlas con tres onzas de ron o espíritu de laurel. Aplíquese la loción a la cabellera por medio de una esponjita durante algunas noches, y las canas irán desapareciendo paulatinamente. Este líquido no es pegajoso ni grasiento, ni tampoco produce daño de ningún género al cabello. Ha estado en uso durante generaciones que han conocido la fórmula, con los más satisfactorios resultados. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

PARA EXTIRPAR LAS RAÍCES DEL VELLO

LAS damas a quienes contrarie el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.



AGUAS DE COLONIA

Destiladas sobre flores

LE SANCY

Nora

Kendal Duc

Pídalas en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías

BLAS L. DUBARRY

MEDRANO, 476.

BUENOS AIRES

M O D A S



SOMBRERO EN CINTA GROS-GRAIN DE SEDA, ALITA DE PAJA RAMALLÉ CUBIERTA DE MARGARITAS DE TERCIOPELO, TODO BLANCO. MODELO DE LA CASA MARGUERITE LEONIE.



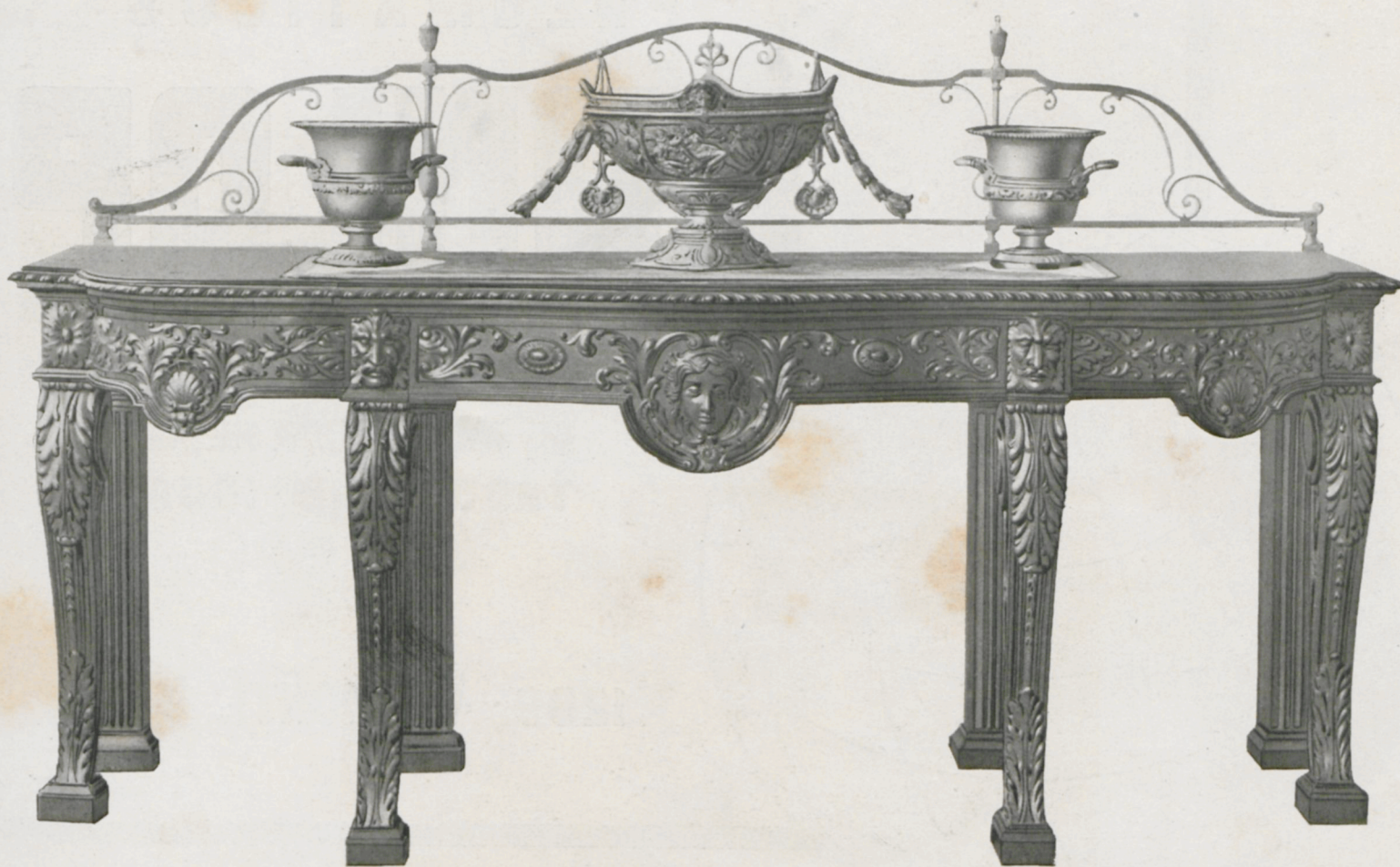
SOMBRERO HABILLÉ EN TUL DE ILUSIÓN Y PAJA FANTASÍA, ADORNADO DE PENACHOS DE AIGRETTES, MODELO DE LA CASA MARÍA GUY.



SOMBRERO HABILLÉ EN PAJA PICOT, BORDE DE TUL, ADORNO DE AIGRETTE PARAÍSO, MODELO DE CAMILE ROGER.



El mundo elegante reconoce en *Thompson*
al colaborador destacado para todo lo que se
refiere a moda, belleza, distinción y confort
en el hogar.



Rico aparador estilo "Georgian", correspondiente a un comedor modelo,
instalado en nuestro Departamento de Antigüedades.

Thompson
Muelleg Ltda

Florida 833

Buenos Aires

Aquí tiene usted una fortuna!

Criadero "Excelsior"
Establecido hace 30 años.



HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y **ABEJAS**.

AVES de raza pura, 100 clases distintas

INCUBADORAS modernas.

GATOS de Angora y Persia.

**APARATOS Y ÚTILES PARA LA INDUSTRIA
LECHERA Y FRUTICULTURA**

PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS
EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de
agua que con

**SAL de FRUTA
ENO**

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto
hervorosa y refrescante.

Antes del desayuno, es un tónico
que provoca el apetito y la digestión, despeja la
cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos.
Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable,
seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

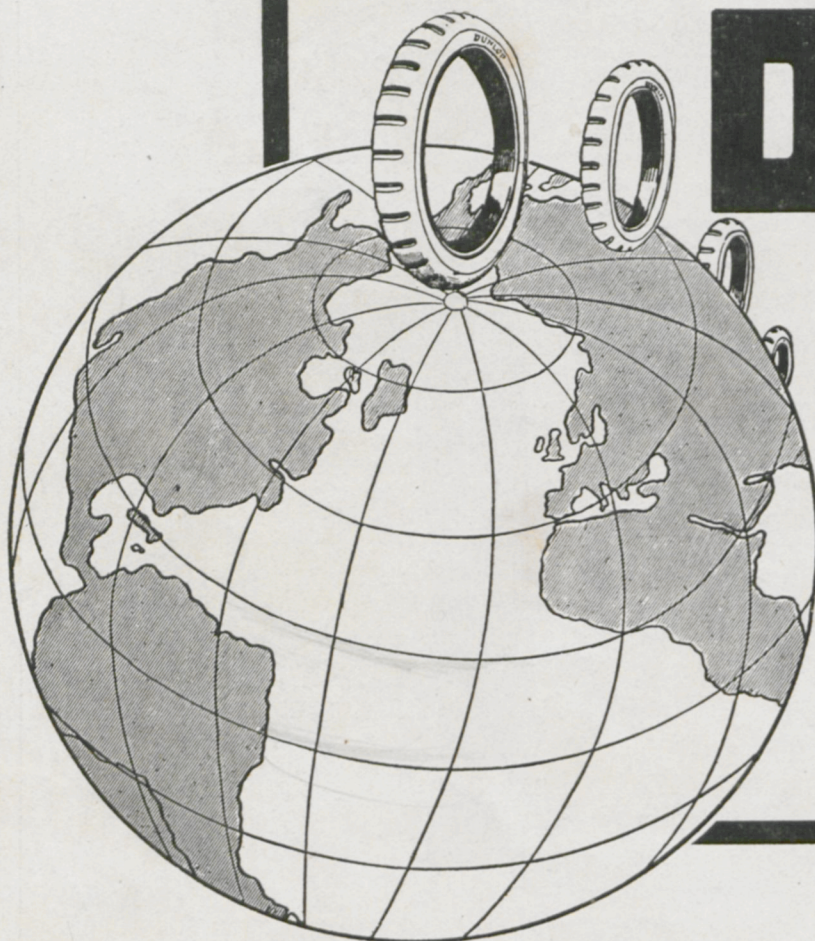
Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

PNEUMÁTICOS

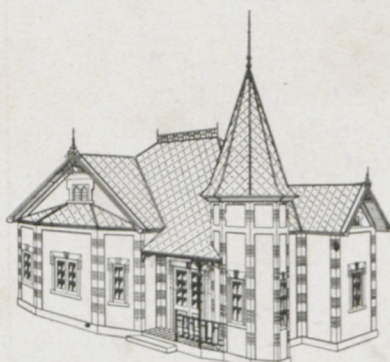
DUNLOP



**HAN DADO LA VUELTA
AL MUNDO CON RESULTADOS SIN IGUAL**

1299, VIAMONTE, 1299

**NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO
COMO RECLAME**



Precioso Chalet construido con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON».— Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y comunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasión.

DATOS Y CATÁLOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

\$ 7.800 c/ Hasta el 31 de Enero de 1919.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T., 5448, LIB.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

**PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA**

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/
Semestre (6).....	» 6.— »
Año (12).....	» 11.— »
Número suelto.....	» 1.— »

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	» 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.



Siempre la flor más rica en savia, suele ser
la más bella.

IPERBIOTINA MALESCI

llevando al organismo nuevas energías, sangre
pura y vitalidad exuberante, dota al cuerpo fe-
menino con esa belleza inimitable que sólo puede
dar la Naturaleza.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci
Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina

M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires



PHILIPS
ARCA
La reina
de la
noche



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2